

SUMARIO

Editorial.

Fiestas antiguas de Madrid. Gaspar
Gómez de la Serna.

La contradictoria pradera. José García
Nieto.

El pueblo en las fiestas. Manuel Pom-
bo Angulo.

Memoria del Buen Retiro. Pedro de
Lorenzo.

Las verbenas de Madrid. Tomás Bo-
rrás.

Las kermesses. José Rodolfo Boeta.

Toros en las corridas de San Isidro.
Don Justo.

Vida corporativa.

Fotos: Alfonso, Loren y Archivo
Prensa Gráfica.

Depósito legal M. 4.194-1959. Estados. Madrid.

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

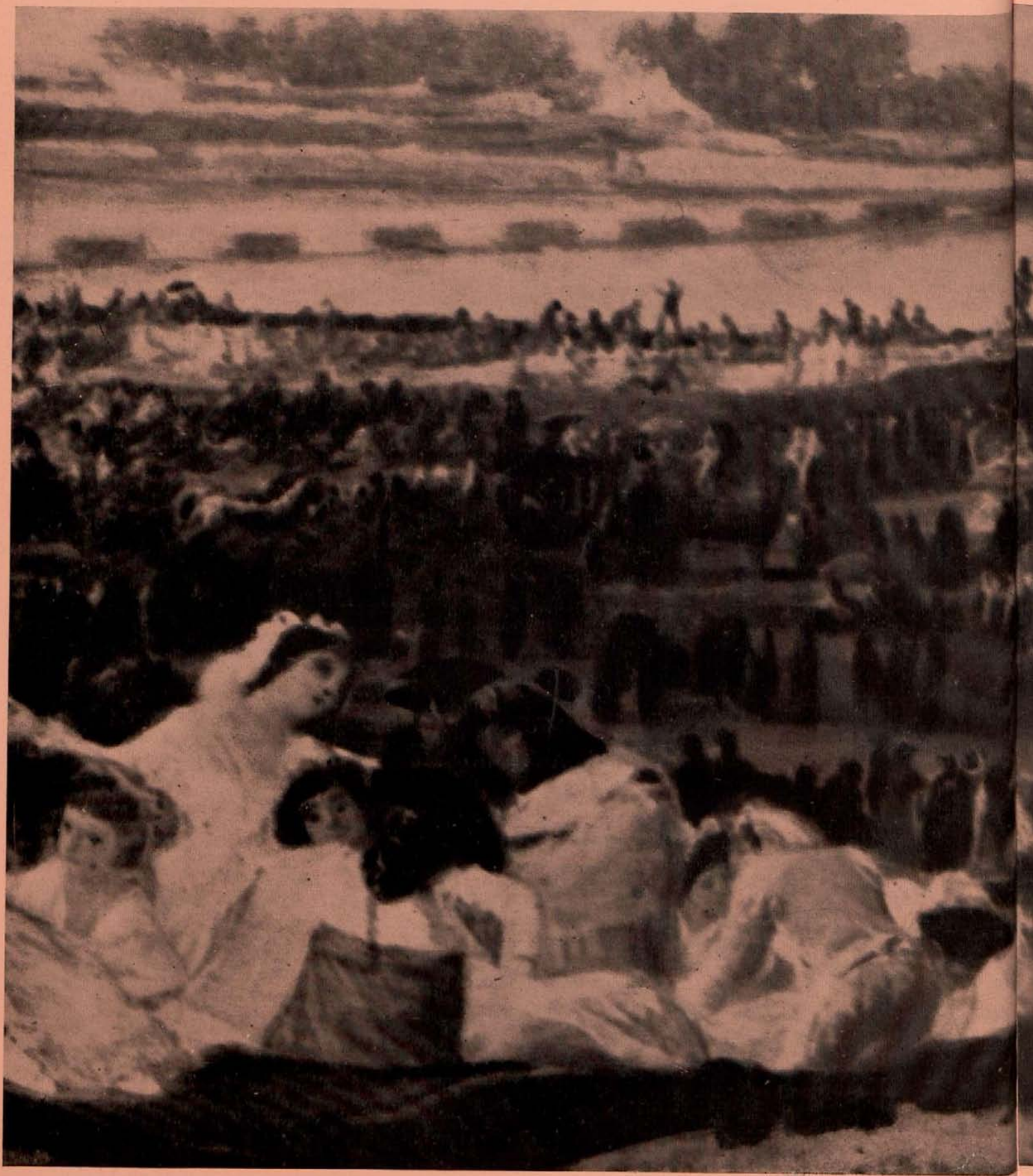
Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO III

NUM. 13



Ayuntamiento de Madrid



Editorial

LAS fiestas de un pueblo no constituyen, ni mucho menos, un simple alarde de frivolidad. Las fiestas son la expresión de aquello que, en lo humano, viste a la felicidad: la alegría. Un pueblo alegre no es siempre un pueblo feliz, pero puede serlo, si esta alegría no se deriva de la inconsciencia, sino que dimana de una vida conseguida y de una paz lograda.

A lo largo de su historia, Madrid, "Castillo famoso", se distinguió por sus fiestas. La colección de sus grabados muestra una serie de conmemoraciones, que se deslizan en el recinto de la Plaza Mayor, en las huertas que después serán calles, en las praderas y en los patios de los castillos. Junto a esto, el pueblo se las toma por su mano, y organiza los jolgorios a la vera del río, por los bosques que, después, se llamarán la Casa de Campo, en los barrios extremos que el tiempo irá achulando... Las fiestas tienen en Madrid una gracia especial, que se deriva de su propia gracia. Ningún pueblo tan fácil al directe, al gracejo, al redicho, como este que da sombra el madroño y sabiduría filosófica el oso.

Si en un principio las fiestas tenían carácter general, después se fueron afinando en su carácter particular. Madrid ganó su tipismo, que es el modo de diferenciarse que tienen las ciudades. No cabe duda que la impronta de Goya fué definitiva en él, pero sólo como recopilación. Goya plasma lo ya existente, recoge los vuelos de las manolas y los ajustes de los chulos, da fe de la existencia de una pradera a la cual, desde siglos, venían acudiendo los madrileños. Lo goyesco no es, exactamente, lo madrileño, aunque sí sea muy importante en él; la realidad es que Madrid hizo a Goya, aunque el genio del pintor inmortalizara alguno de sus instantes para la posteridad.

A la sombra labradora de San Isidro, las fiestas de Madrid ganan su fecha. El santo era un santo alegre, en el mejor sentido de la palabra, porque disfrutaba de la más suprema felicidad. Y es curioso cómo los santos se hacen del pueblo madrileño también, y San Antonio se afina en la Florida, y San Cayetano en la Arganzuela, y San Antón ve desfilar un mundo animado por la calle de Hortaleza, que es la de las antiguas huertas. Madrid pone en su fiesta su júbilo y su fe, y, cuando crece, los grandes hoteles, los rascacielos, las orquestas modernas, los números más sensacionales del teatro y las variedades del mundo, vienen a Madrid en sus fiestas, sin alterar por ello su típico perfil. Madrid es siempre Madrid. Así se le ha cantado, por las cuatro esquinas del mundo, a los acordes del chotis, su baile más castizo.

En este número recogemos una pequeña historia de las fiestas de Madrid. San Isidro prolonga su conmemoración, porque San Isidro, acertadamente, ha dilatado su dominio, sacándolo de las fronteras del mes de mayo. Este, con las flores, es el mes de las fiestas de Madrid. Pero su fragancia se prolonga, porque Madrid es una pura fiesta por sí mismo, una alegría y un recreo para todos los que visitan o viven en él.

FIESTAS ANTIGUAS



CON el paso de la Villa a gran urbe cambian también de signo sus tradiciones populares, que van perdiendo su viejo contenido agrario y rural para convertirse o dar lugar a otras de estructura puramente civil, creación autóctona y originaria de la metrópoli. Y hay que adelantar, según he intentado mostrar en un ensayo reciente, en el que he tocado un poco más al pormenor este proceso que Madrid —como toda gran ciudad— viene experimentando, que no se abre con él ningún escape espiritual por donde se nos pierdan las buenas cualidades del alma y por el cual tengan que desaguar también las lágrimas de ninguna condolida añoranza casticista; sino que se trata, exac-

tamente, de una trayectoria creadora de nuevas formas de vida, a través del que el ciudadano puede hallar renovadas y más auténticas y actuantes vías de humanización, por cuanto más verdaderamente ligadas a las condiciones actuales de su existencia. Esa variación en el ser histórico de la ciudad se hace patente, sobre todo, en el proceso de desintegración que siguen la mayoría de sus fiestas antiguas, y, en particular, las más sustantivamente ligadas a la condición agraria de sus orígenes.

Voy a aludir aquí a tres tipos de fiestas —campesinas, religiosas, civiles— que han sufrido, en una u otra medida y algunas radicalmente, esa desintegración que, cuando no las ha borrado del presente, las ha hecho llegar a él con signo bien distinto del que tuvieron.

* * *

En primer lugar, hay que advertir que la mayor parte de las fiestas populares antiguas están ligadas al paso de las estaciones del año y a las ferias y mercados, con un trasfondo pagano que el pueblo cristiano amansó bajo su calendario religioso, sometiéndolas al patrocinio de los santos de

su devoción: San Isidro, San Felipe y Santiago, San Marcos, San Antonio, San Juan, etc. Pero este carácter religioso, que pre-



DE MADRID

POR GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

domina resueltamente en el Madrid antiguo y medieval, se dis-
tiende luego; el jolgorio humano
de la romería, el festejo popular,

la pura diversión, corren parejas
con la piedad hasta que la des-
plazan, en muchos casos por com-
pleto. Dos fiestas significativas

ilustrarán esto que digo: la de
San Marcos y la de San Felipe y
Santiago, conocida por *Santiago
el Verde*.

La celebración de San Marcos
el 25 de abril tomó su origen, en
lo antiguo, de una romería que
llevaba al pueblo artesano de Ma-
drid hasta una ermita del Santo,
que existía como a una legua de
la Villa, por el camino de Fuen-
carral. Llegó a ser tan numerosa,
abigarrada y pintoresca la mu-
chedumbre que concurría, en
borrico o a pie, con el hatillo de
la merienda y cada vez más en-
domingada y emperifollada para
los bailes que progresivamente
se fueron organizando, que la
aristocracia madrileña dió en sa-
lir con sus coches hasta la Puerta
de Fuencarral no más que para
ver el espectáculo de aquel ale-
gre desfile popular. Al cabo pre-
valeció el baile sobre la devoción
y quedó la costumbre de salir
nobleza y pueblo hacia el lugar
donde existió la ermita; de modo

*En las tres fotos que ilus-
tran este artículo vemos la
famosa Tarasca de las fies-
tas del Corpus Cristi. A la
izquierda, según un proyec-
to de 1667; en el centro, la
que se sacó en la procesión
de 1722, y la de la derecha
tiene fecha de dos años
después.*



que ya hacia 1650, como escribía Juan de Zabaleta, a lo que iban los nobles era sólo «a ver el trapo y los plebeyos a orearle»; con lo que se olvidó al mismísimo San Marcos y se rebautizó a la fiesta con el nombre de *El Trapillo*, hasta que se extinguió, quedando sólo aquello de «ir de trapillo» como recuerdo.

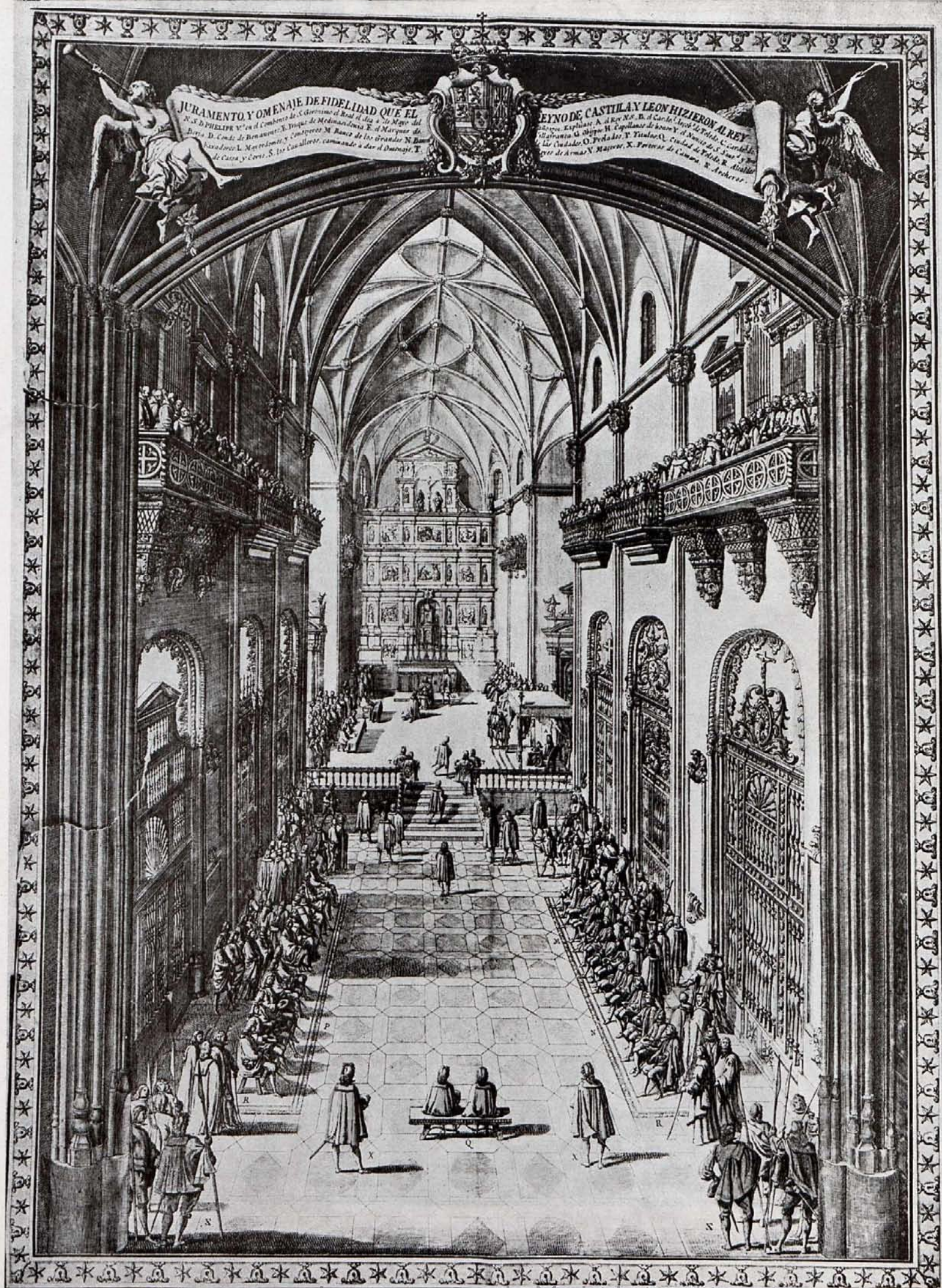
Santiago el Verde fué la típica fiesta de esa corta primavera madrileña, tan lindante con los calores del estío, que Lope, al tomarla para una de sus comedias, decía que era

*... la plaza
donde el verano alegre
corre sus toros y cañas*

Tenía lugar el día primero de mayo, por la tarde, en el Soto del Manzanares, como a un cuarto de legua de Madrid; y era tan sonada, que damas y galanes se preparaban para ella con no poca anticipación y complicación de trajes, de coches, de carros, de caballos y de empeños. Hacia las tres de la tarde salían de todas las puertas de Madrid, como de un hormiguero, las largas filas del cortejo popular, que iba a desggranarse por el Soto en el estupendo despliegue colorista de grupos y parejas. Allí se distribuían en ranchos, con sus toldos y merendolas; corros, con sus bailoteos, guitarras y panderos; apartes, con sus pendencias y apartijos, en donde se confesaban las soledades del vino y los enredos y desenredos del amor, tejiendo y destejiendo su erótica corona en torno de aquella enorme y vistosa rueda popular; que no en vano compuso Lope para







ella esta copla, cantada por los músicos de su comedia:

*En Santiago el Verde
me dieron celos.
Noche tiene el día
vengarme pienso.
Alamos del Soto,
¿dónde está mi amor?*

Pero —cuando Lope— tan escasamente se acordaba el pueblo madrileño de los dos Apóstoles —San Felipe y Santiago—, cuya devoción fué el origen de la fiesta, que a uno de ellos ya ni lo mentaba, ni tampoco a la antiquísima ermita de la celebración religiosa, a cuyas últimas piedras aludió todavía Zabaleta, no sin puntualizar, muy expresivamente, que «de cuantos bajan al Sotillo, no debe de haber más de tres que sepan que hubo en él tales paredes».

Parecida suerte corrieron las fiestas que dieron origen a las verbenas, comenzando por la de San Isidro, San Pedro o San Juan, cuya versión actual, metida en el interior de los barrios de la ciudad ha olvidado por completo su ascendencia agraria, para ser químicamente civil.

* * *

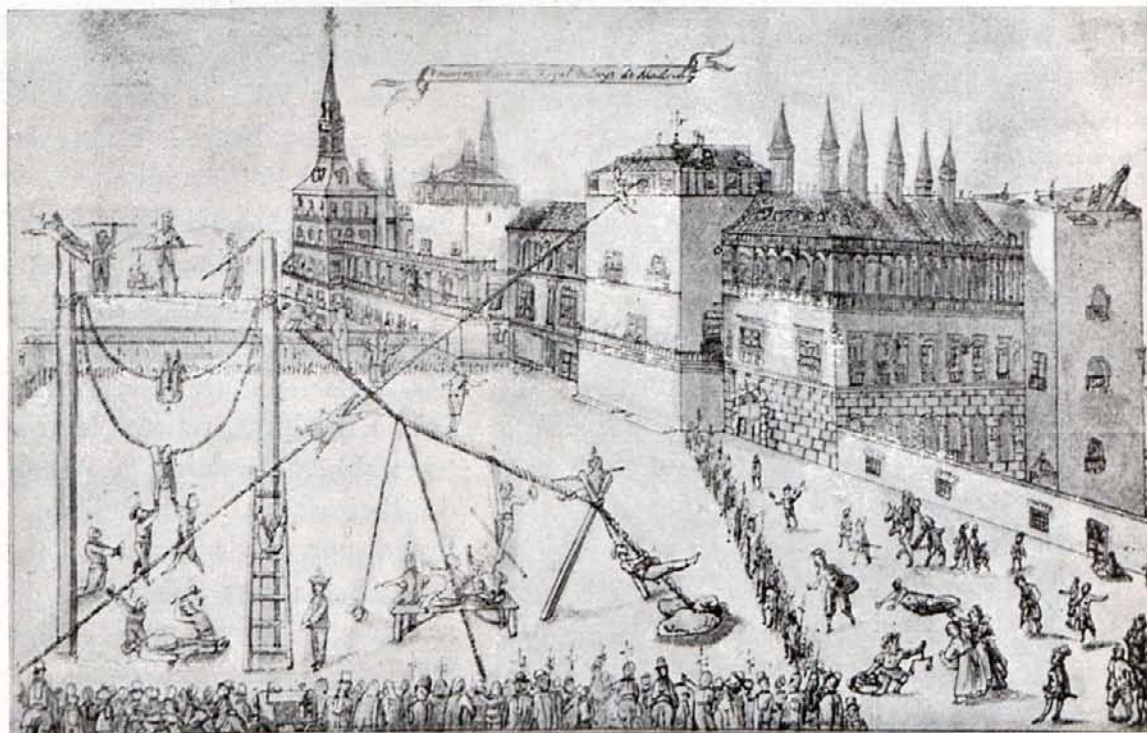
En segundo lugar, decía que también han sufrido transformación las fiestas religiosas; aunque éstas en otro sentido. No cambia su carácter, pero sí, en muchos casos, los modos de su celebración: bien para hacerse más universales, como ocurre, por ejemplo, con la Navidad, cuya expresión popular ha incor-

porado el abeto del norte con su rito a la escenografía piadosa; bien para depurarse de gangas o mogigangas acompañantes, que desvirtuaban su contenido religioso. Así ha ocurrido, para señalar el caso más característico, con la fiesta grande del Corpus y la *Tarasca* de Madrid.

Las procesiones del Corpus, que al parecer datan de mediados del siglo XIV, incorporaron, ya en el XVI, ciertos *ludi teatrales* de la Edad Media, que sumaron al cortejo piadoso el alegre coro de gigantes y cabezudos y la famosa *Tarasca* que el Ayuntamiento de la Villa prestaba a la ceremonia religiosa. Hay varias descripciones de esa *Tarasca*, que, en sustancia, era una gran carroza con forma de dragón, sobre el que montaban, además de otras figuras, la de una mujer, que acabó acaparando para sí el nombre de *Tarasca*, en realidad atribuible

a todo el carro. La primera referencia a ella que se conoce, de 1630, dice que «ha de tener el cuerpo de la Tarasca cuatro varas, sin la cola ni el pescuezo, cubierta de angeo (lienzo basto), la armadura de aros y madera, con las alas de hilo de hierro cubiertas de angeo, con la cara de papelín y el moño de cerda... con tres figuras de monos vestidos de frisa colorada (lana ordinaria) y pellejos...». El Ayuntamiento, su propietario, la describe como «un monstruo ridiculo» con figuras de movimiento, músicos y arlequines encima del dragón; y, sobre su lomo, «la meretriz de Babilonia»; aunque otras veces la mujer era un maniquí que exhibía el último grito de la moda.

El caso es que la *Tarasca*, que en un principio secundaba debida y devotamente el propósito ejemplar de los autos sacramen-



tales —que se celebraba el mismo día—, representando en la procesión del Corpus a los Enemigos del Alma, acabó, sobre todo en el siglo XVIII, en una frívola manifestación escenográfica, que la Real Cédula de 21 de julio de 1780 prohibió al fin: «porque semejantes figurones no solamente no autorizaban la Procesión y culto del Santísimo Sacramento, sino que su concurrencia causaba no pocas indecencias..., pues sólo servía para aumentar el desorden y distraer o resfriar la devoción de la Magestad Divina».

* * *

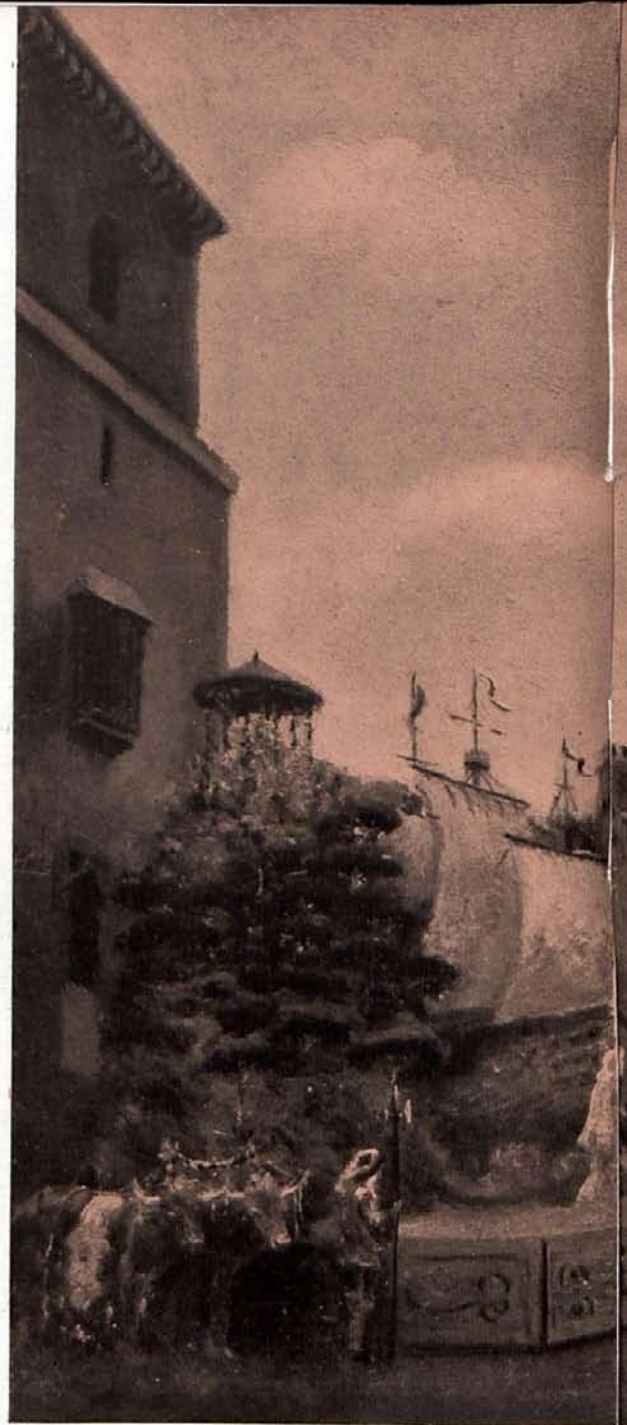
Por último, otras fiestas que la ciudad ha transformado, alterando su carácter y el volumen y grado de la participación popular, son las que rodeaban a de-

terminados acontecimientos políticos, como entrada en la Corte de grandes personajes, nacimientos, bodas o proclamación de príncipes, etc. En la antigua Villa, las fastuosas fiestas que con este motivo se celebraban duraban varios días cada vez, y el pueblo se sumaba a ellas por entero, no sólo en su disfrute, sino también en su preparación y organización. Voy a aludir aquí, como ejemplo, no sólo por ser menos conocida su descripción, sino porque acaso fué la más aparatosa y grande de cuantas la Corte tuvo, a la que montó el esperanzado pueblo de Madrid que, en la primavera de 1701, recibía, con la persona de Felipe V, la ilusión de una nueva Dinastía.

Ubilla y Medina, Secretario del Rey, describe el suntuoso ceremonial de la Jura en San Jerónimo, el 8 de mayo, y también el pormenor de la apoteósica entrada del monarca en Madrid, durante la tarde del 14 de abril de 1701, a la que siguieron tres días de fiestas y tres noches de luminarias.

Toda la Villa se engalanó de punta a cabo. Entre la Puerta del Retiro y el Palacio, por todo el itinerario que siguió el real cortejo, se levantó un bosque de triunfales arcos de talla, poblados de muchedumbre de estatuas, escudos, motes, pinturas con jeroglíficos, colgaduras, retratos, carros triunfales. Sólo desde la Puerta del Retiro hasta la Torrecilla del Prado, por donde hoy está Neptuno, había una doble fila de treinta y seis arcos, que, en las principales estaciones del recorrido, llegaban a ser de tres cuer-

pos «de proporcionada arquitectura toscana», como el que levantaron a la salida del Prado. Muy cerca de éste, en la Carrera de San Jerónimo, se erigía otro muy curioso, en el que «se figuró con primorosas estatuas al Parnaso», y allí estaban las veras efigies de Lope, Góngora, Quevedo, Argensola, Zárata y Calderón; no obstante lo cual, la literatura de los innumerables motes era de pésimo y ripioso verso, del tenor de





este, tan lamentable, que lucía en uno de los tarjetones del arco intelectual:

*A su Monarca celebra
el Pindo, pues la poesía
es culto y es armonía.*

La participación directa del pueblo, que ahora me interesa sumrayar, esmaltaba toda la calle Mayor, desde las Gradas de San Felipe, con la aportación personal y a su costa, de los mercade-

res y gremios: pretineros, peleteros, guarnicioneros... que adornaban portales y montaban arcos, espejos, orlas de flores y hojarasca, doseles, estatuas y retratos con espléndida profusión. El rico derroche alcanzaba la mayor suntuosidad en las dos galerías armadas en la Puerta de Guadalajara por los plateros, sobre cuyos arcos, los tarjetones alusivos «se componían de todo género de piedras preciosas, e imitando Coronas, Leones,

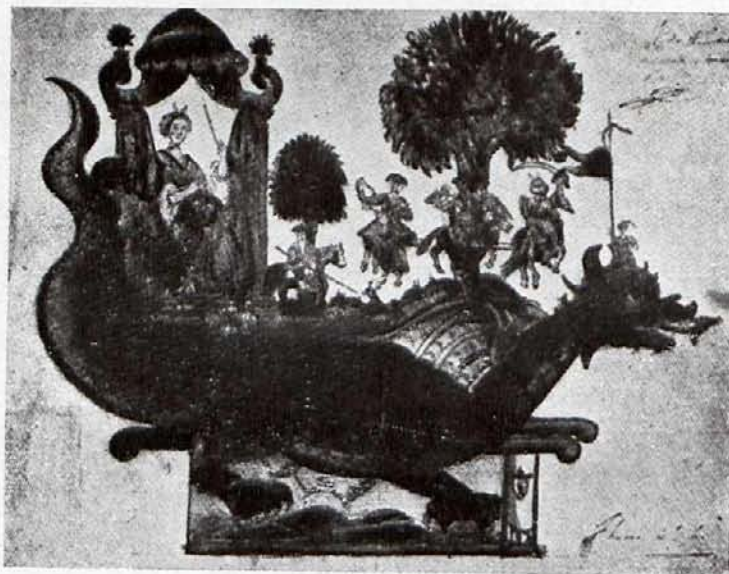
Corderos, Flores de Lys... y en las primeras entradas de estas galerías avia dos cuerpos enteros de talla» que representaban a los Reyes San Fernando y San Luis. «Lo demás con que se adornaron —añade Ubilla— eran obeliscos de oro y plata, y sobre los Castillos y Leones que tenían en una mano el Mundo y en la otra la España, primorosas alhajas de plata». Luego más arcos, adornos y doseles en los Palacios de

los Consejos, en las Casas de la Villa... para concluir en la gran plaza del Palacio, abriendo tres calles: «la de enmedio para que pasase el Rey; y las de los lados, para que le sirviesen dos Carros Triunfales: en el uno represen-

tándose el asunto de este día; y en el otro, repitiendo sus aclamaciones la música».

Semejante clase de gran fiesta civil fué perdiendo, con el tiempo, no sólo intensidad, sino el propio carácter de acontecimiento ciudadano surgido de la trama misma de la vida popular y sostenido di-

rectamente por ésta; para pasar a ser, no manifestación del pueblo, sino específica faena oficial, espectáculo montado por el Estado, al que el pueblo asiste como espectador que aclama, aplaude, silba o mira indiferente, según le vaya el gusto.



LA CONTRADICTORIA PRADERA

POR JOSE GARCIA NIETO



PORQUE es Isidro un santo jugoso y contradictorio, señor y rural, rey y roque a un tiempo, sesteador y productivo, siempre y al fin llevado, y nunca dejado de la mano de Dios, así sus lugares perduran, y su fiesta sobre el tiempo tiene para el que la encuentra o para el que la evoca una candente virginidad. Póker de santos llama Federico Carlos Sainz de Robles a aquella jugada de la Cristiandad que tuvo lugar el 22 de marzo de 1622, cuando Gregorio XV canonizaba en Roma a Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús e Isidro de Madrid. De los cuatro, este humilde labrador aparece quizá como el más milagrosamente favorecido. Milagros chicos, milagros milagrosos, como de madrileña y cerrada alcornia, milagros de andar por casa, que es donde se concierta toda la grandeza del servicio, de la fidelidad, del amor proyectado desde lo doméstico y mínimo de cada día.

Un día dijimos de ese sueño laborador y al parecer descuidado:

*Que cuando Isidro sesteaba
no es el sueño, no, es la mano
de Dios que le hace hortelano
y en su dormir se recrea...*

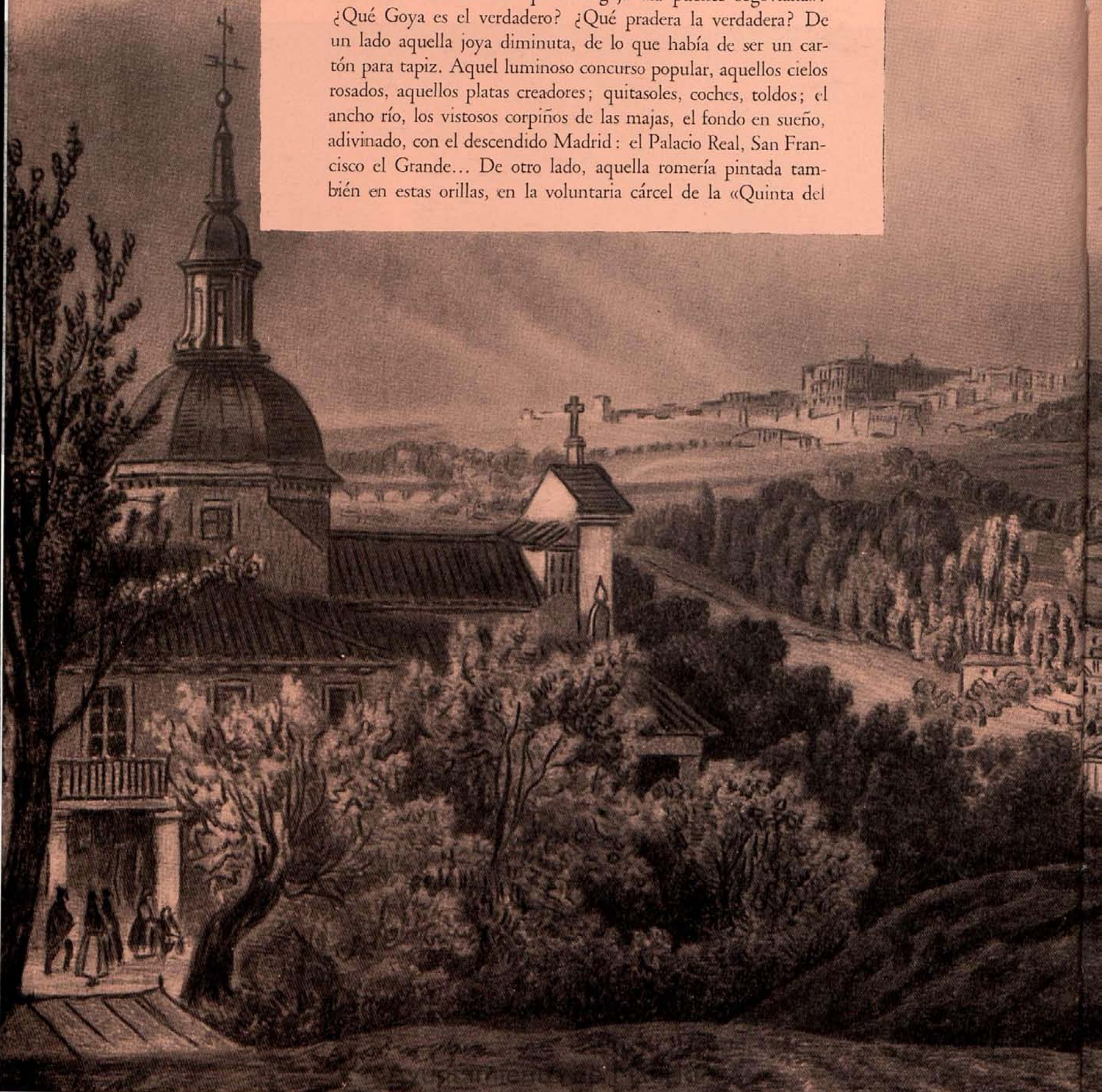
Y así, de la mano de Dios, vemos siempre al santo humilde, claro y seguro en la heredad, esperando confiado a que su señor Iván de Bargas compruebe que no hay «manzilla en su hacienda».

De la mano de Dios se ha mantenido esta pradera. Sí; aunque el nombre ya no le cuadre, aunque el verdor quede sólo en las crónicas, donde también nos dicen que *Santiago el Verde* era romería de más rango y señorío que la de San Isidro Labrador. Pero allá se quedó la otra, bien guardada entre los versos de Lope, como si la de nuestro Santo de hoy y de siempre se hubiera vengado del dicho:

*En Santiago el Verde
me dieron celos...*

Y de aquellos celos, de aquel desigual pugilato, ha prevalecido la popular y diversa fiesta, la que hemos visto y leído de tan distintas maneras, pero siempre viva, y sucesiva, y renovada.

Estas orillas del Manzanares... ¿Pero cómo son, qué son estas orillas de este río que acongoja «la puente segoviana»? ¿Qué Goya es el verdadero? ¿Qué pradera la verdadera? De un lado aquella joya diminuta, de lo que había de ser un cartón para tapiz. Aquel luminoso concurso popular, aquellos cielos rosados, aquellos platos creadores; quitasoles, coches, toldos; el ancho río, los vistosos corpiños de las majas, el fondo en sueño, adivinado, con el descendido Madrid: el Palacio Real, San Francisco el Grande... De otro lado, aquella romería pintada también en estas orillas, en la voluntaria cárcel de la «Quinta del

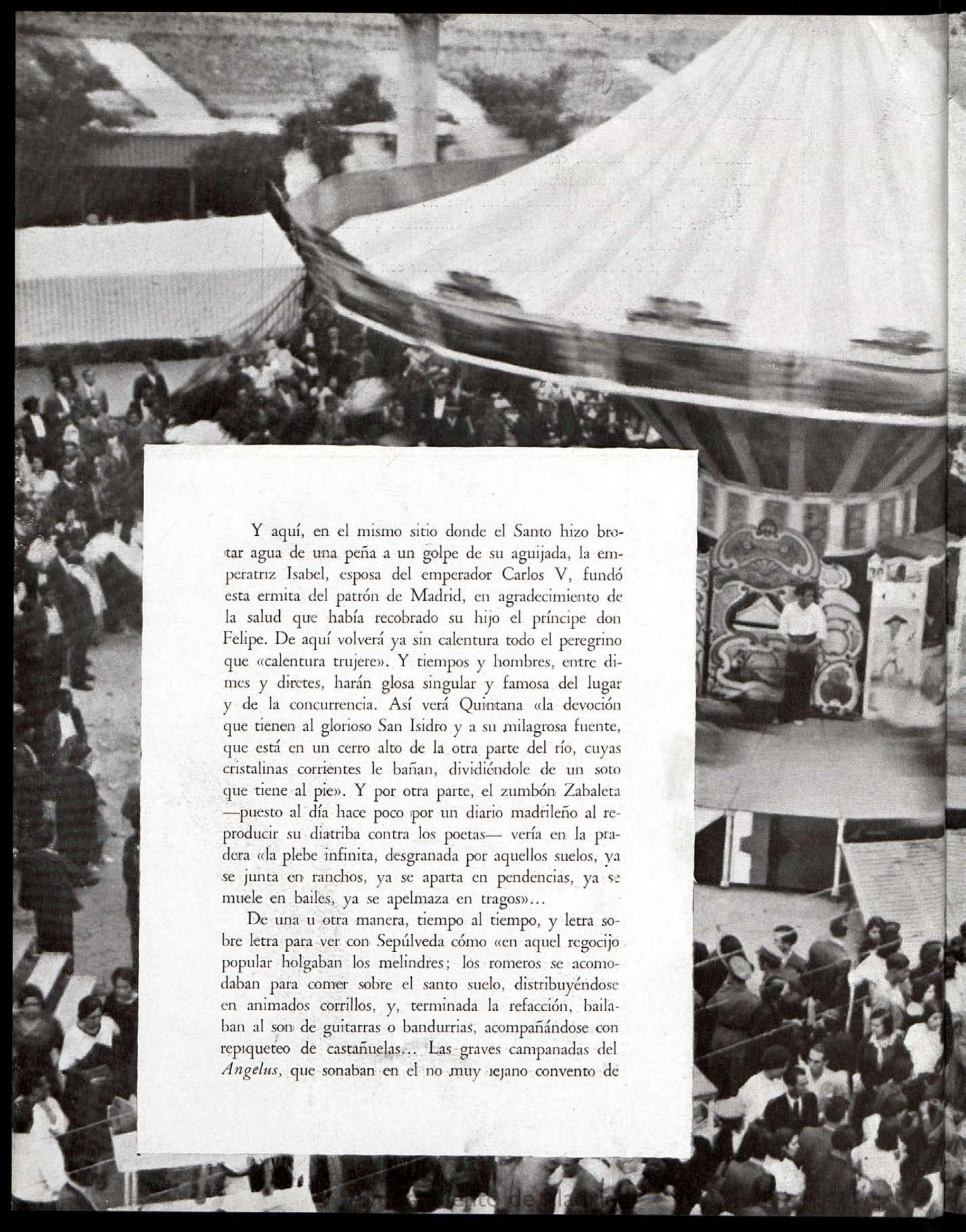


Sordo»; aquellos metros, casi descomunales, de pintura terrible; aquel grupo de hombres que no se sabe si cantan o piden venganza; aquella otra romería de la que no se ha salvado más que la mano genial del solitario atormentado. ¿Cuál de las dos la fiesta? ¿Cuál de los dos el pintor...?

Orillas con dos caras, espada del Manzanares con dos misteriosos filos, con dos extrañas atenciones. Quince de mayo bullicioso o sobrecogedor, santidad mediadora del triunfo de Madrid:

*Para que a todos conforte
su mayorazgo en el cielo,
la ciudad bajo su celo
pasa de cortijo a corte...*





Y aquí, en el mismo sitio donde el Santo hizo brotar agua de una peña a un golpe de su aguijada, la emperatriz Isabel, esposa del emperador Carlos V, fundó esta ermita del patrón de Madrid, en agradecimiento de la salud que había recobrado su hijo el príncipe don Felipe. De aquí volverá ya sin calentura todo el peregrino que «calentura trujere». Y tiempos y hombres, entre dimes y directes, harán glosa singular y famosa del lugar y de la concurrencia. Así verá Quintana «la devoción que tienen al glorioso San Isidro y a su milagrosa fuente, que está en un cerro alto de la otra parte del río, cuyas cristalinas corrientes le bañan, dividiéndole de un soto que tiene al pie». Y por otra parte, el zumbón Zabaleta —puesto al día hace poco por un diario madrileño al reproducir su diatriba contra los poetas— vería en la pradera «la plebe infinita, desgranada por aquellos suelos, ya se junta en ranchos, ya se aparta en pendencias, ya se muele en bailes, ya se apelmaza en tragos»...

De una u otra manera, tiempo al tiempo, y letra sobre letra para ver con Sepúlveda cómo «en aquel regocijo popular holgaban los melindres; los romeros se acomodaban para comer sobre el santo suelo, distribuyéndose en animados corrillos, y, terminada la refacción, bailaban al son de guitarras o bandurrias, acompañándose con repiqueteo de castañuelas... Las graves campanadas del *Angelus*, que sonaban en el no muy lejano convento de

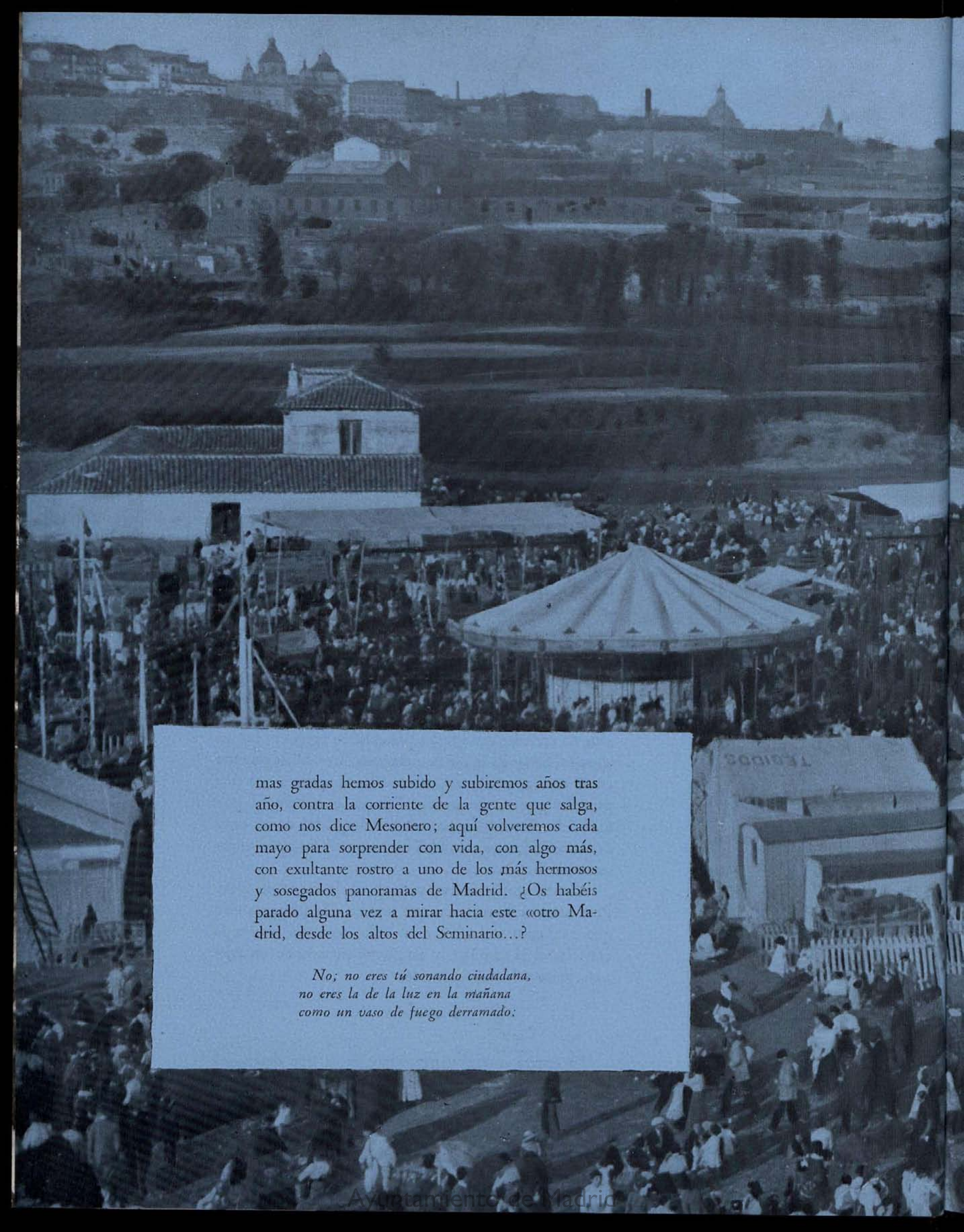


San Francisco, interrumpían momentáneamente el jolgorio, y todos, rindiendo culto a las prácticas piadosas de la época, que ni el tumulto de la fiesta les hacía olvidar, se descubrían devotamente y rezaban su oración... Lo cual no les impedía andar después a cuchilladas, si llegaba el caso...» O para soñar con Mesonero Romanos —que hasta aquí el fiel cronista tuvo que fingir un sueño para pergeñar su relato— y evocar «los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebían agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente les obligaba a volver a bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas, mientras concluían los restos del mazapán y bizcocho de la galera...».

Contradictorias orillas, siempre de la mano de Dios. Pues nos dice la tradición que uno de esos fabulosos osos que han dado renombre a la Villa, acometió aquí a la reina Isabel la Católica, y ésta logró matarlo de un rejonazo junto a la misma fuente.

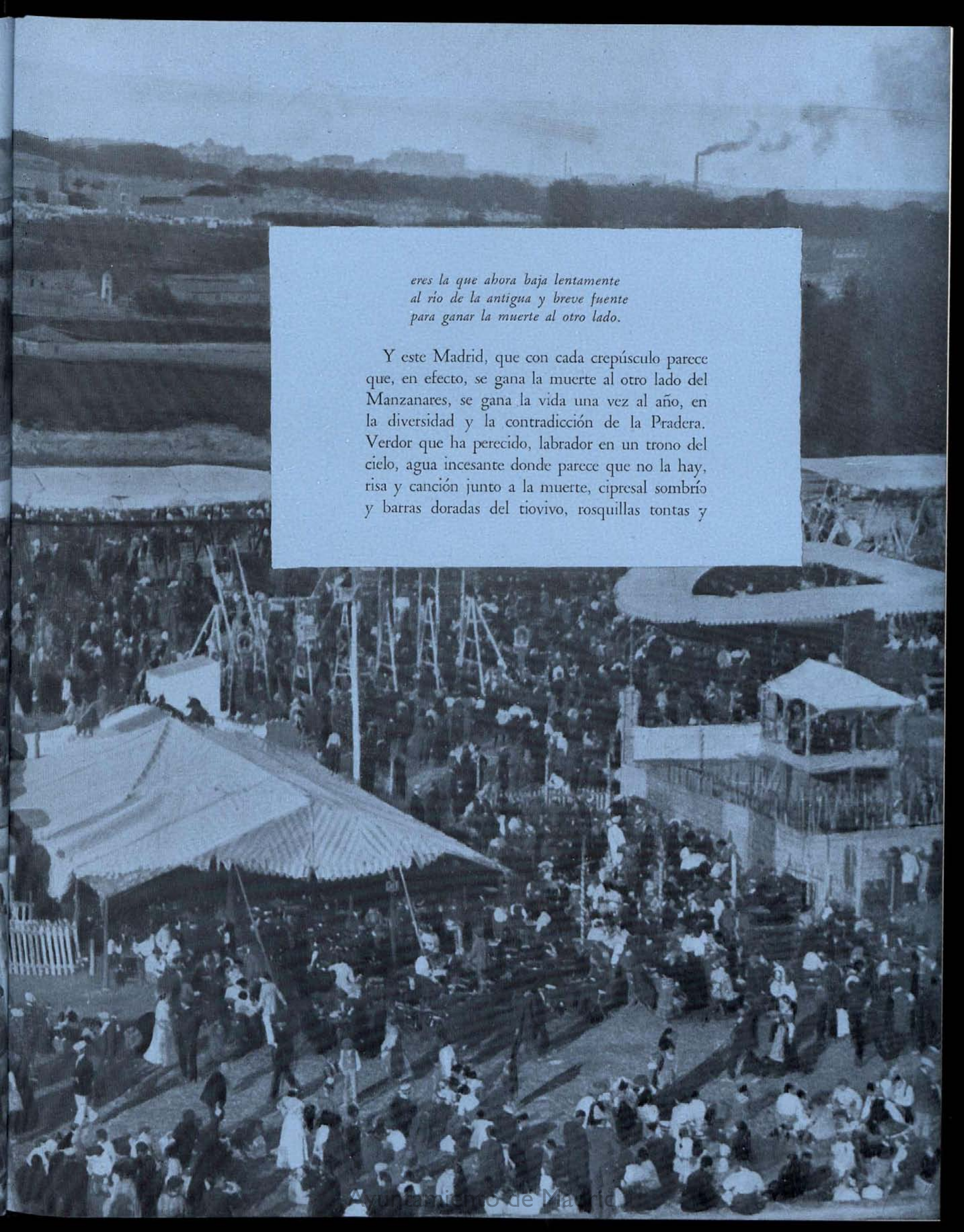
* * *

La ermita que hoy conocemos es la que determinó reedificar el Marqués de Valero en 1721. Por estas mis-



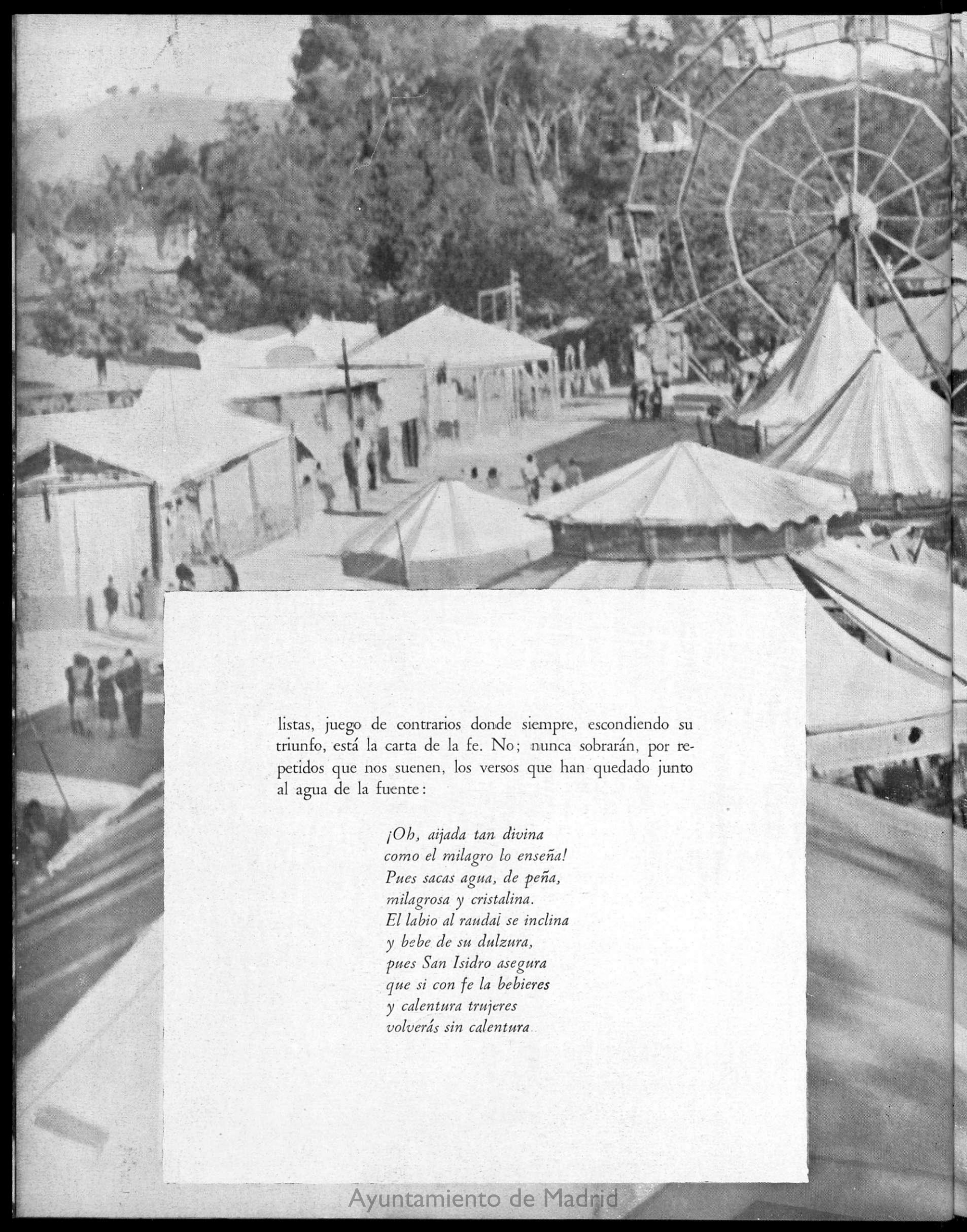
mas gradas hemos subido y subiremos años tras
año, contra la corriente de la gente que salga,
como nos dice Mesonero; aquí volveremos cada
mayo para sorprender con vida, con algo más,
con exultante rostro a uno de los más hermosos
y sosegados panoramas de Madrid. ¿Os habéis
parado alguna vez a mirar hacia este «otro Ma-
drid, desde los altos del Seminario...?

*No; no eres tú sonando ciudadana,
no eres la de la luz en la mañana
como un vaso de fuego derramado:*



*eres la que ahora baja lentamente
al río de la antigua y breve fuente
para ganar la muerte al otro lado.*

Y este Madrid, que con cada crepúsculo parece que, en efecto, se gana la muerte al otro lado del Manzanares, se gana la vida una vez al año, en la diversidad y la contradicción de la Pradera. Verdor que ha perecido, labrador en un trono del cielo, agua incesante donde parece que no la hay, risa y canción junto a la muerte, cipresal sombrío y barras doradas del ti vivo, rosquillas tontas y



listas, juego de contrarios donde siempre, escondiendo su triunfo, está la carta de la fe. No; nunca sobrarán, por repetidos que nos suenen, los versos que han quedado junto al agua de la fuente:

*¡Oh, aijada tan divina
como el milagro lo enseña!
Pues sacas agua, de peña,
milagrosa y cristalina.
El labio al raudal se inclina
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieres
y calentura trujeres
volverás sin calentura.*



Ayuntamiento de Madrid



EL PUEBLO

EN LAS

FIESTAS

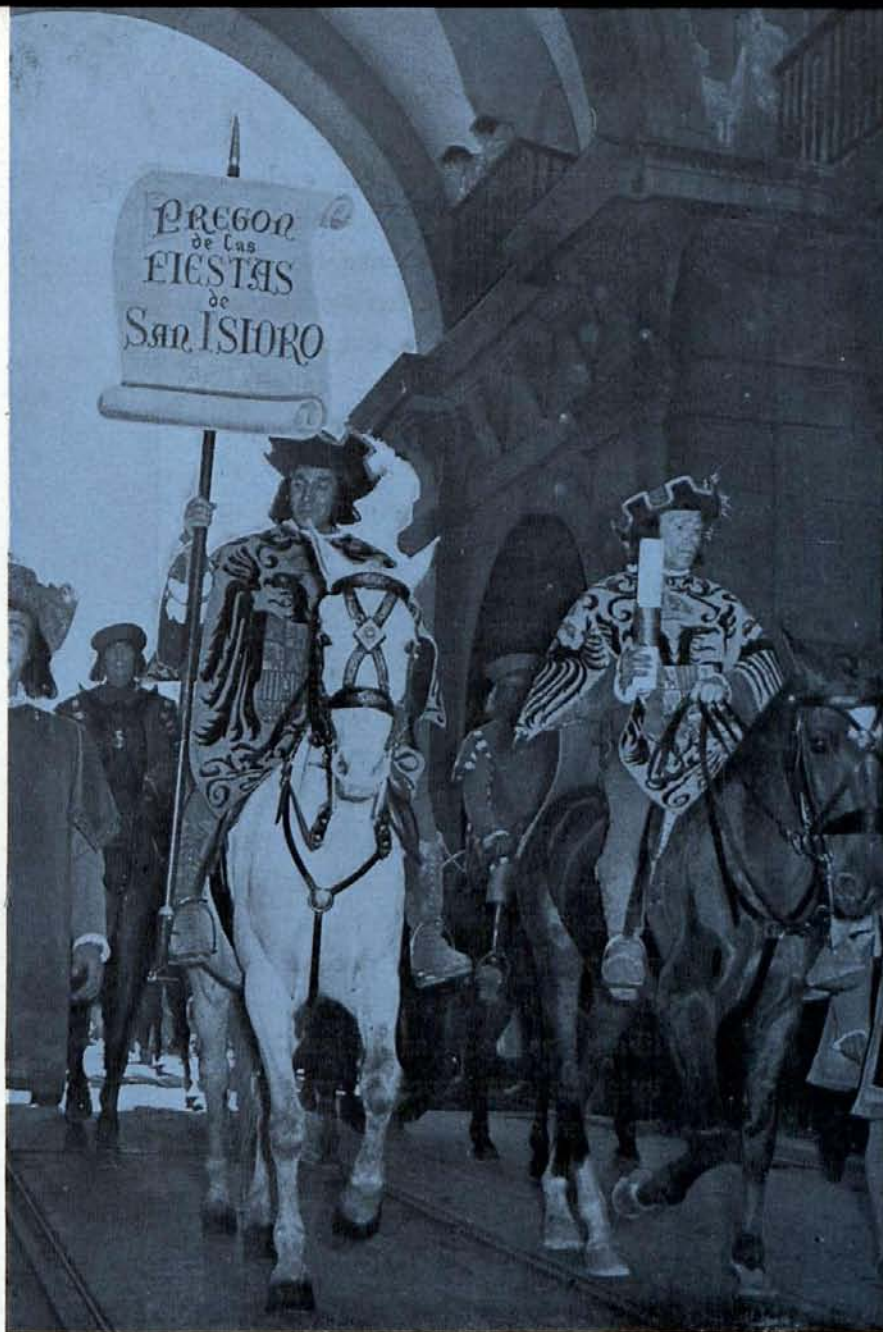
POR MANUEL POMBO ANGULO

No cabe duda que en esta comedia, y a veces drama, que es una fiesta popular, lo más interesante resulta siempre el protagonista. Las fiestas van perdiendo riesgo y ganando espectáculo a medida que Magerit desemboca en la plaza de la capitalidad de España.

Al principio son fiestas broncas, de justas, de torneos, que tienen mucho de desafío. Es curioso que, en el fondo atrasado de las fiestas, lata siempre esta rivalidad de hombría, este desafío de valor o de arte. En España las fiestas conservan, como en ninguna otra nación, su primitivo origen, ensangrentado y rival. Por eso la fiesta de España por excelencia es la fiesta de los toros; la fiesta ba-

rruca, dorada, en la que el riesgo tiene paso de ballet y hondura de danza sacra.

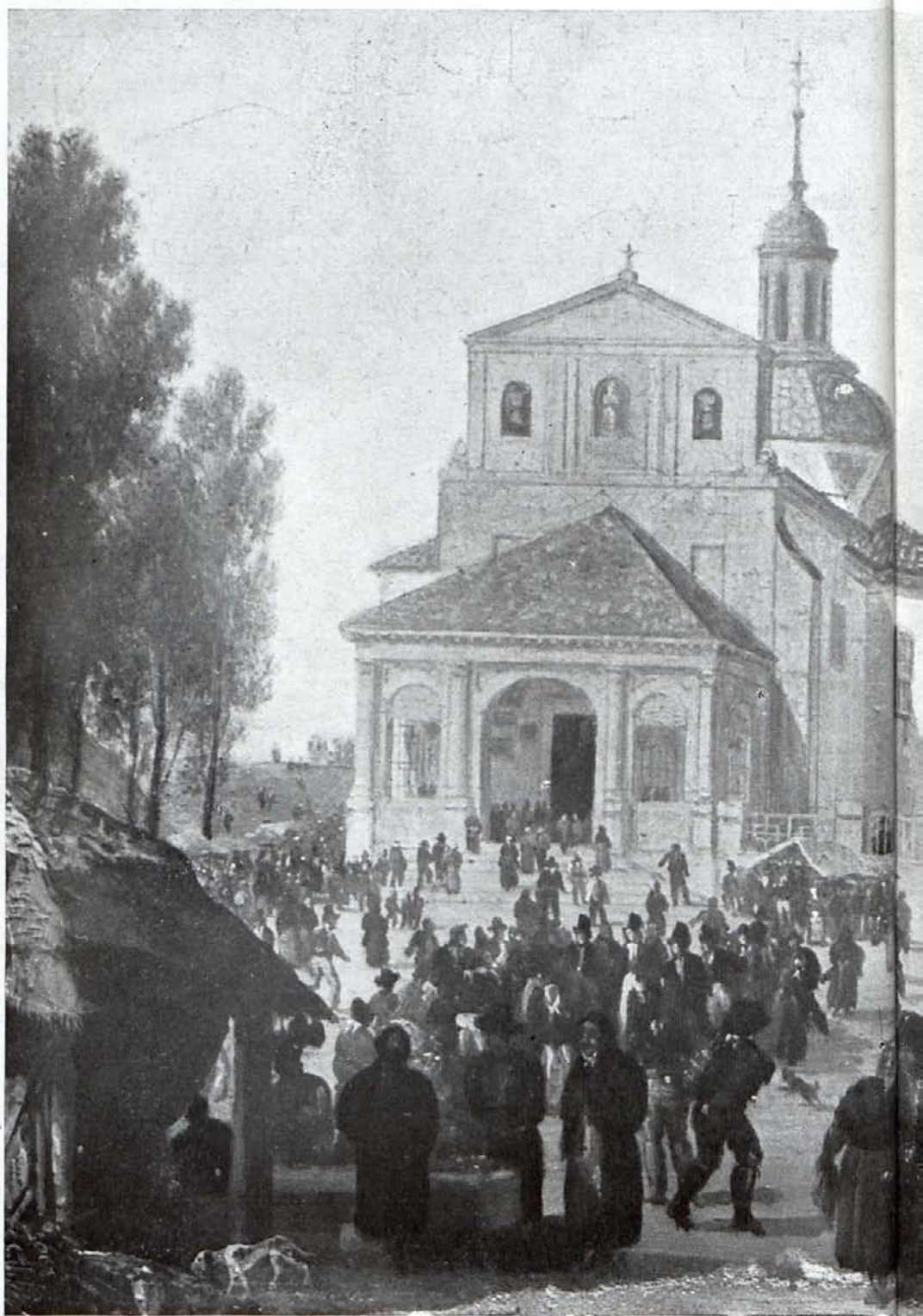
Madrid monta sus fiestas por las llanuras que contornan el cerro, en las plazas pequeñas que abrazan las murallas. Los caballeros exhiben su destreza, y las mujeres sonríen a un alarde que tiene mucho de defensa. Son los tiempos de la gran Reconquista, cuando España anda a la liza, y la morería toma y pierde plazas según como se le antoje al Cid. Antes, Madrid hizo también caracolear sus caballos y vió venir las reses por las praderas, que después inmortalizaría el pincel sin tímpano de Goya. Pero el público iba poco a esas fiestas. El pueblo sólo se acerca a las fiestas para gozarlas



en libertad. Cuando la esclavitud se cierne sobre los pueblos, lo único peligroso para los tiranos son los circos, las agrupaciones donde el pueblo, contemplando sus ídolos, olvida sus cadenas. Fernando VII es popular porque entiende de lances. Cuando el pueblo le ovaciona, ovaciona su majeza, que es lo que el pueblo siente. Cuando el pueblo le denigra, es porque se pasa a lo francés, y el pueblo —el pueblo de entonces— no lo encuentra divertido.

En las fiestas madrileñas la incorporación popular se hace particularmente notoria. En realidad así se produce en todas las geografías del mundo, porque sólo el júbilo y el jolgorio de la fiesta libera las esencias íntimas. En todos los lugares por los que nuestro paso andariego nos llevó, observamos que las calidades de los pueblos permanecían vivas, sobre todo en sus fiestas. Incluso la poesía —sí, la poesía— se prolonga sin mancha, de romería en romería. Canciones que repiten labios muertos y nacidos, guardan la música y la inspiración de unos versos delicados y de unos decires que el tiempo no consiguió mejorar. El romance Fontefrida, con el agua clara, que es ya una intuición de la que lavará las manos y las risas en las reuniones al aire libre, es tan moderno y tan audaz como cualquiera de los que quiebran la rima en nuestro siglo xx. Porque el pueblo posee la exactitud. Es exacto en sus pasiones, en sus virtudes y en sus decires. Este perfil del pueblo contorna, da límites y prisión a sus fiestas.

El pueblo de Madrid, que vimos en las balconadas de La Corrala, o en el placerío pequeño de



las Ventas, o en el júbilo con churros de San Antonio, guarda la misma pureza racial y de espíritu que el que se agolpaba en los primeros alborotos madrileños. Ha cambiado poco Madrid, y su textura física permanece igual, con esa eternidad de las razas que ni se contagian ni se contaminan. algún día se estudiará el perfil de Madrid, de su gente y su pueblo, para venirse a la conclusión de



celta y la africana; una raza puente, graciosa y que existe una raza madrileña, intermedia entre la celta y africana, producto quizá del remanso de unas civilizaciones en lucha, pero que ha sedimentado en la paz. Es una raza menuda, especial, igual y que conserva sus características, pero no de un modo estático, sino al compás del tiempo. Raza como la rubio-sajona, o como la cerrada del sur

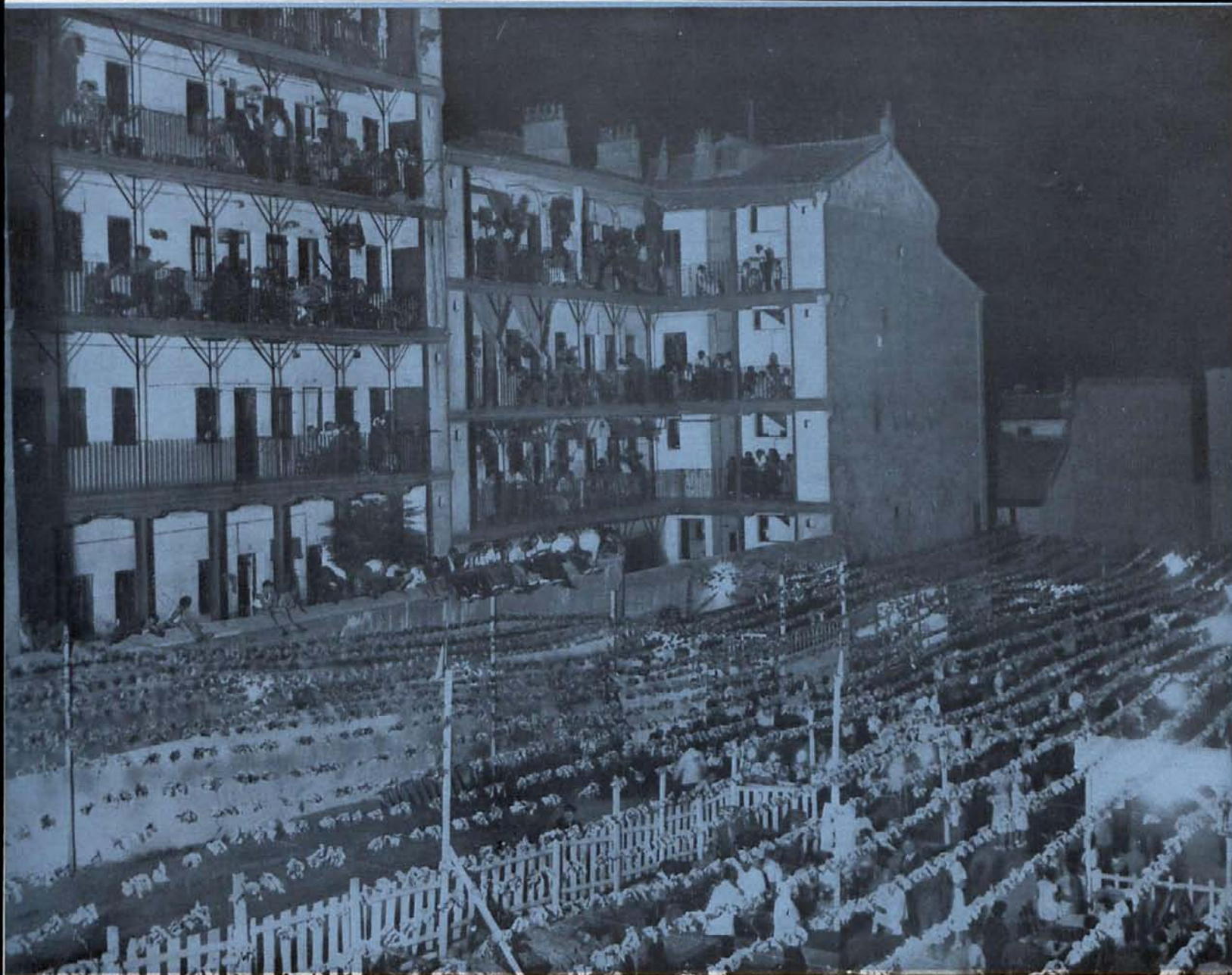
a los suburbios de Madrid, tan desolados, parecen reír cuando el sol asoma, y la sierra se coloca su peineta blanca, de maja que tiene frío.

No se puede hablar del pueblo en las fiestas. Las fiestas son el pueblo en sí mismo. Este pueblo que se desangra el Dos de Mayo, pero que lo conmemora después, en esa fiesta con luz y nombre de flor campera que se llama «verbena».

pero más ligera y muy bella, que da gracia al caminar de Mari Pepa y misterio a la esbeltez tostada de la Almudena.

Esta gente concurre a las fiestas, y por eso las fiestas de Madrid poseen unas características especiales, de dicho y direte, de donaire, de vivacidad. Baviera baila con alegría; Prusia baila con gravedad. Madrid baila con remolino, y, hasta cuando se detiene sobre un ladrillo, para mimar el chotis, parece que los bailarines se estén diciendo al oído los últimos comadreos del Menti-dero, rociados con sal y con pimienta.

En los toros se escucha una voz y un decir; en las romerías, un comentario; ante los fuegos artificiales, una exclamación. No son diferentes las que pueblan los patios, escoltados de madera, con ropas bien lavadas, flameando en el aire su íntima llamada. Cuando la Paloma celebra sus fiestas, y cruza de banderolas y cadenas las calles retorcidas de Puerta Cerrada, las mozas que ciñen el mantón recuerdan las que viera un día, atravesando las puertas forjadas del Palacio de Liria, entre los jardines que clavan los cedros y apresan los bojes. El pueblo está en las fiestas, porque lleva la fiesta en su mismo estilo. Madrid, tantas veces se dijo, es ciudad alegre e ingeniosa; hasta



Existe en las fiestas madrileñas una característica especial que las hace perdurar a través del tiempo. Estas fiestas pueden cambiar en lo externo, porque las circunstancias lo determinen así, pero conservan siempre su tradición. La tradición en los pueblos es el blasón depurado de su historia.

En Madrid, los lugares conmemorativos y festivos quedan quietos, como clavados, independientemente del desarrollo de la población. Se añaden a las fiestas primigenias otras que dependen de la expansión de la capital. Se crean nuevos barrios, y estos barrios explotan su alegría y constituyen nuevas reuniones festivas, que tienen todas una advocación patronal, un fervor religioso, independiente muchas veces de las estaciones, enlazadas otras con los meses, floridos o no. Pero la tradición festiva de Madrid continúa hincada en aquellos lugares donde primitivamente asentó.

La Florida ha cambiado mucho; su perfil, aunque el perfil de la ciudad que desde ella se divisa se nos muestre crecido y moderno, permanece el mismo.

La Arganzuela se lava todavía con el agua de la Fuentecilla. Y San Isidro, desde los tiempos en que laboraba, en perfecta armonía social, con Iván de Vargas, da a Madrid su patronazgo de trabajador y sencillo.

El núcleo antiguo de la ciudad tiene a la Virgen de la Paloma como clave de ese misterio enredado que es el barrio de los Austrias.

En torno a esto gira Madrid su divertimento y su diversión. De todas las capitales del mundo, ninguna como Madrid para rendir sus hijos a los pies de una Virgen o empezar un camino nupcial después de mojar sus dedos en un agua milagrosa.

Por eso, decíamos al principio que las fiestas



de Madrid derivan de su propia entraña, y decimos ahora, además, que la presencia del pueblo las incorpora a ese abolengo espiritual de las ciudades que hemos llamado tradición.

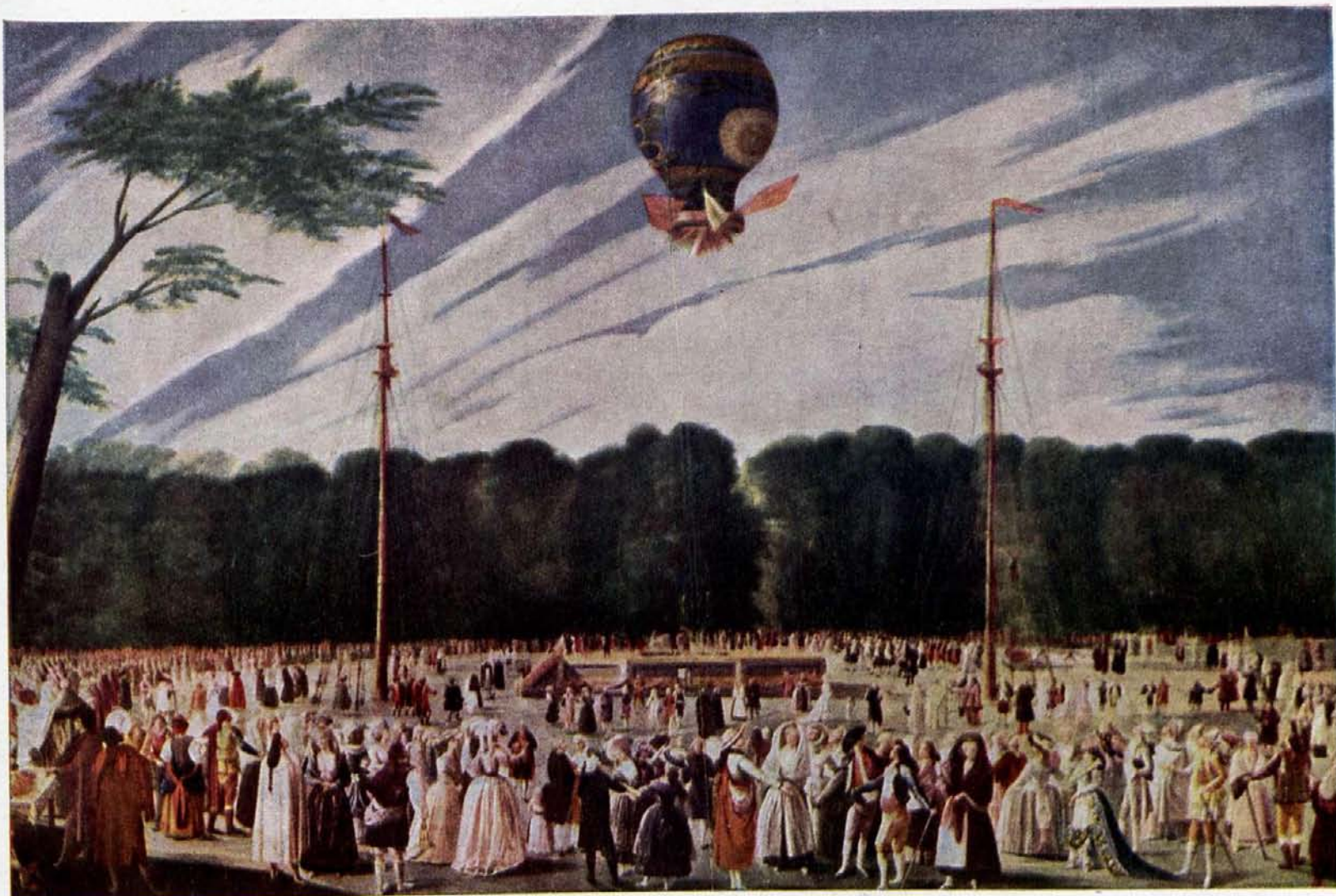
Esto en lo externo, esto en los contornos físicos. El pueblo de Madrid ha variado poco, y los atuendos nada significan frente a la arquitectura racial y el fervor del espíritu. Es fácil encontrarse con Julián o con Susana. Es fácil tropezar con Mari Pepa en cualquiera de los barrios que aún esperan la llamada del organillo para conmemorar su fiesta. La sombra blanca de la Almudena reencarna en miles de mocitas mañaneras, a las que llaman la congregación litúrgica de la iglesia de San Nicolás. Y hasta la música de su pisar es una música auténtica, y hasta los dichos resuenan con ecos que vienen, inmutables, de siglos atrasados. Por eso Madrid, tan eterno en tantas cosas, es eterno también en su alegría.

Es difícil cambiar el sentido de las Fiestas de Madrid. No se ha intentado, pero, si se intentara, seguramente se desembocaría no en un fracaso, pero sí en una costumbre. La costumbre es impor-

tante en los pueblos, aunque parezca no tener una gran dimensión. Se habla de escritores costumbristas, de pintores costumbristas, de músicos que hacen armonía de la costumbre. Y éstos son, precisamente, los que recogen el espíritu popular y los que le dan, y al tiempo reciben, su exacta dimensión. Cuando Velázquez retrata, recoge una costumbre y la plasma en unos Infantes de España; cuando pinta, la lleva a *Las Hilanderas* o a la hidalguía de la *Rendición*. Y Goya es auténticamente Goya, cuando el pueblo se le sube a los pinceles, o cuando su fantasía plasma esos sueños que atezan a los hombres tristes que duermen su indigencia bajo los puentes del Manzanares. Puentes pétreos, como castillos, pero también tradicionales, con una maravillosa inutilidad; la de poner la gran armonía de la piedra tallada sobre un agua que no acierta a calmar la sed, pero que da, en cambio, alegría y reunión a sus riberas.

Es difícil hablar del pueblo en las fiestas; pero es mucho más difícil no contar con él. Por eso, San Isidro viene cada año a recordarnos que es un santo alegre y un santo popular.





MEMORIA DEL BUEN RETIRO

POR PEDRO DE LORENZO

FELIPE IV es un reinado en fiestas. Escandaliza a los ingenios, en la Corte, la miseria nacional; acongojan a la Patria los reveses militares. El joven rey se divierte.

Felipe IV es un rey poeta. Desenfadados poetas censuran al rey; literatos de certamen le solazan y celebran. Para festejar la coronación la fantasía de sus cortesanos funde

tres mil ducados en humo.

Villamediana lo cuenta, lo canta y, por de pronto, compone su pieza para las fiestas primaverales de 1622 en Aranjuez. El rey, en esas fiestas, alivia de lutos a la corte; ya hace un año, o dos años, que



heredó. Es la noche de San Isidro. Puesta en escena «La gloria de Niquea», revista fastuosa, como del conde Juan de Tarsis de Villamediana; «otro segundo teatro» ofrece «El vellocino de oro», de Lope, a los invitados de Aranjuez. La propia «reina de la hermosura», Isabel de Borbón, real y verdadera, representa en el trono de la farsa el papel de la más viva realidad. Una antorcha, caída, prende en las bambalinas, pega fuego al teatro; y salva a la reina, la toma en sus brazos, aquel conde narciso, de amores reales, jacarandoso, donjuanesco, legendario, equívoco...

Pero las fiestas cortesanas que —hasta el deslumbramiento, hasta la condenación— magnifican este reinado, evoco y se me aparecen sobre un telón de fondo, campero, de rara grandiosidad, muy hermoso: el Buen Retiro.

Cubre la pared, que estoy ahora contemplando, una copia del Texeira: la *Topographia de la Villa de Madrid*, descrita por D. Pedro Texeira, estampada en Amberes, el año de 1656. Me acerco; miro y, circunstanciadamente, se dibujan las parcelas 16, 17, 18: a la mano izquierda, el Prado; a la derecha, el estanque; entre Prado y estanque, se rayan los jardines, se alza el Real Palacio, se multiplican las ermitas. Todo lo demás, detalle: torres, norias, embarcadero; la isleta, la estrella de paseos en el Ochavado, el arranque de un río... Me vuel-



vo, y gustaría de ordenar cuatro por menores, los datos precisos.

Es la única obra del rey en Madrid: y es obra única. De un «retiro» para lutos y cuaresmas, acaba de, mágicamente, surgir uno de los sitios reales más bellos del antiguo Continente. He aquí sus límites: Avenida —moderna— de Menéndez Pelayo, Paseo del Prado; de la calle de Atocha a la de Alcalá.

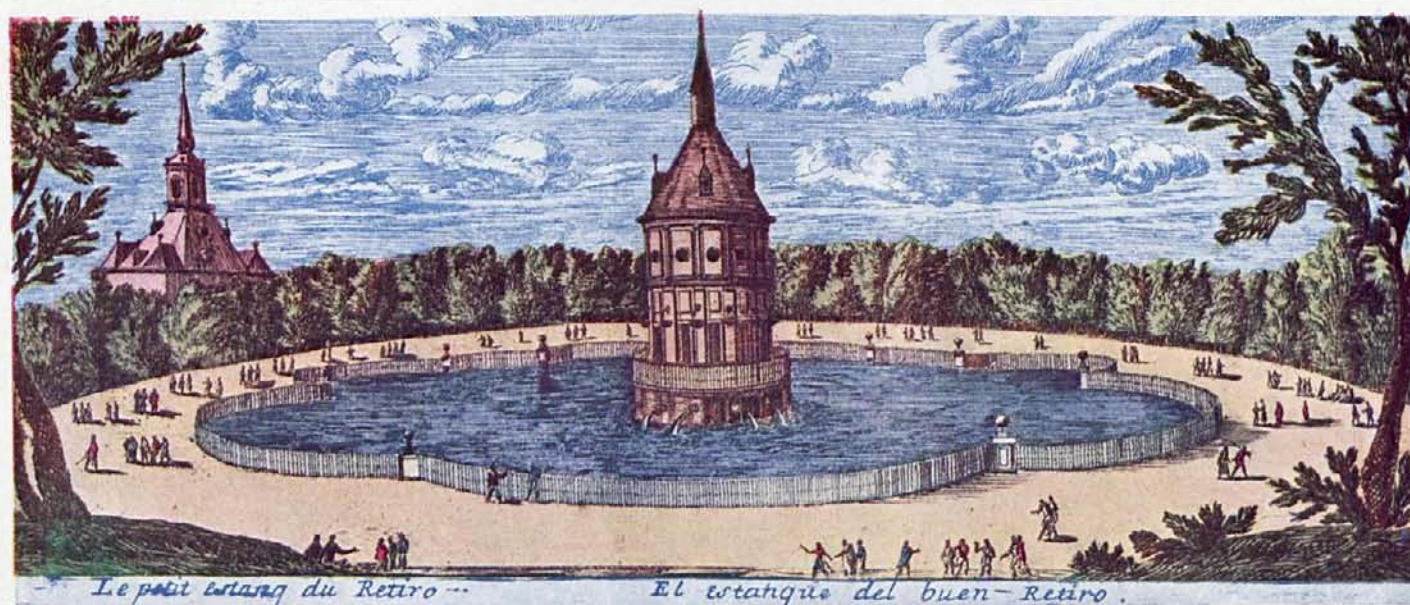
Entre esas lindes, todo el pequeño mundo de la corte, del rey «Planeta»; apenas un rincón del Buen Retiro, y se basta para asentamiento del actual Palacio de Comunicaciones; el «Salón de Reinos» ocupaba lo que habría de ser Museo de Artillería; el «Casón», que era sala de bailes, hoy es Museo de Reproducciones; en los solares de la campiña cortesana, se yerguen la Real Academia Española, el barrio noble de los Austrias, las delicias del Jardín Botánico.

Principió por otro jardín: Zoológico. La obra, innegablemente, resultaba impopular. No advertía el pueblo los efectos de aquella grandeza sobre las cortes rivales: Richelieu, por ejemplo: la carta de sutil política de la ostentación. Ve —el pueblo— las cargas de la Villa, rosas de pólvora, los juncos silbadores que estallan en un cielo de impiedad, porque en ese cielo hay estrellas que presiden los contrastes del más suntuoso reino de Europa con la devastación de un país, increíblemente —¿no uso palabras de contagio.



no suena aquí «el rey se divierte», de José Deleito y Piñuela?— exprimido por los gravámenes, la sequedad de sus desiertos, la catástrofe de las guerras.

Empezaron las obras en 1630. Al año, el Buen Re-



Le petit étang du Retiro...

El estanque del buen-Retiro.

tiro festejaba la verbena de San Juan; a últimos de 1632 se representaba la «Vega del Parnaso», escrita por Lope de Vega para la inauguración solemne. En 1635 el público pagaba su entrada y se complacía de las farsas acuáticas. Las fiestas de 1637 han pasado a la historia de la esplendidez de la espectacularidad.

Se construyó una plaza de madera, y se montó en ese ruedo el primer festejo de iluminación nocturna. Para los carnavales de aquel año, el Buen Retiro estrenaba «El robo de las sabinas», de Rojas.

El pueblo, resistía; se negaba a consentir. Motejó el inmenso recinto, esplendoroso, de «Gallinero»; comprendía ese recinto una veintena de construcciones, plazas extensas, estanques como cuatro veces la plaza mayor de Madrid, copia de ermitas, dos teatros... Pero había nacido para jardín de aves de rareza, y el pueblo no se apeó: «Gallinero»... No ha progresado tanto, en tres siglos; ni ha ganado tampoco, verdade-

ramente, la «gran pajarera»: la Casa, ¿digo zoológica?

Vestigios del Buen Retiro, los Velazquez que alhajaban el «Salón de Reinos» se instalaron en galerías del Prado. Vestigio, entonadísimo, el lienzo de Mazo: «Un estanque del Buen Retiro», Por Juan Bautista Martínez de Mazo. Y el de Texeira: grabado, justamente por los años en que el Buen Retiro alcanzaba la máxima de su vida: luminosa, estelar.

De aquellas improvisaciones, aquel proceso de creación y aquel ocio, nacieron posibilidades como ésta: un Teatro de la Naturaleza; o bien: la representación, en tres distintos escenarios... Lírica, la Corte se tomaba el desmayo de una convalecencia previa; y era tal un presagio: como si presintiese que, apagados los resplandores del Buen Retiro, hasta aquel último oasis, todo arrasándolo, bajaría el viento negro de Rocroy.



LA S

VERBENAS DE MADRID

P O R T O M A S B O R R A S

I

SI se ha de comenzar por el principio, sepamos qué es eso de verbena. La gente que se arremolina alrededor de un baile nocturno, que circula entre barracas y puestos y se hace la ilusión de que se está divirtiéndose una barbaridad porque sube a unos caballitos, o a la rueda, o tagela aquello del cantable, «churros calientes y salchichón de lo bueno», seguido de un copazo de cazalla o peleón; esos castizos, que los hay aunque parezca mentira, en 1960, no saben que cumplen un rito mágico. Que el festejo, preparado con cierta ternura por el señor Teniente de Alcalde del distrito y su Comisión de jolgorio público, enlaza nada menos que con la mitología nórdica, teutona, isleña de las islas de la niebla, vulgo Escocia, Inglaterra, Irlanda. Y, en fin, que si hacemos caso a don Luis Astrana Marín, que lo sabía todo (soy testigo), la famosa aquí, en provincias y donde se hable cristiano «verbena madrileña», es una reminiscencia católica del culto ibérico al Sol. Por eso, quizás, se celebra de noche, porque este Madrid, ¡este Madrid!, es muy como le da la gana.

Para el que suscribe, curioso sin aspiraciones de erudito, la verbena madrileña resulta, a finales quizás del XVIII (un siglo, dicho sea de paso, sin estudiar, y que ha influido en proporción importantísima en el carácter de Madrid); digo que desde que se va ocultando el XVIII y amanece el XIX, en ese período, ocurre la confluencia de las romerías, muy arraigadas en el sentimiento y en el culto del madrileño, con la corriente de la «ilustración», que aporta, primero, escepticismo; después, modas; luego, innovaciones. Y así, romería y festejo ciudadano (en la ciudad, no en la ermita) se funden y adoptan una nueva forma. En este caso, la de verbena, lo nocturno, un poco fuera de lo religioso, salvo la advocación, un mucho pagano; compromiso entre «las luces» de esa ilustración corroída por el descreimiento,



Castiza escena de las modistillas en la Verbena de San Antonio de la Florida después de haber pedido al Santo casamentero un novio.

y la tradición, fuertemente arraigada, que no concibe que en la calle se realice acto de masas si no es en forma pretensamente litúrgica.

¿Quizás esos laicos de las «ideas modernas» —de entonces— bautizaron con vino la festividad? ¿O entró el verbenismo por los asturianos y gallegos, que iban a coger el trébole el solsticio de verano? Pues Asturias tiene una bella mitología, muy semejante a la de Cantábrico para allá. Véase el origen de la conmemoración. La noche de San Juan, incluso antes de

ser de San Juan, incluso, pues, antes de introducirse el cristianismo, era una noche mágica. ¿Por qué? Porque se suponía que en ese punto del calendario —el centro del verano, que verano era la primavera... (Recuérdese la cita de Cervantes, que trae Astrana: «A la primavera sigue el verano; al verano, el estío; al estío, el otoño», etc.). El 24 de junio es primavera-verano, aún no estío; es la transición, el momento que llamamos ahora «crucial»... Y prosigo: en el centro primavera-verano la fecundidad era mayor, en lo botánico; y además, que es lo importante, esa noche eran posibles y de seguro resultado los conjuros que mezclaban lo sobrenatural recóndito a lo habitual vulgar. Había, nada más, que proveerse de la «varita» que descorría para los ojos el velo de lo hádico. Una vara de mirto, una de laurel... sobre todo, una de verbena. Y otro, ¿por qué?

Pues porque «verbena» es voz cabalística. Viene del sánscrito, una de las lenguas indoeuropeas y la más antigua e ilustre. Véase la fuerza de la etimología: «vardh», crecer; de ello, «ver», verano (la primavera según el cómputo indoasiático). De «ver» sale verano, y de «verber», vara. La rama sagrada, mágica, había que obtenerla la noche de su sinónimo-clave, «verbena», como «verano», como abreverano, abrefecundidad, trae felicidad. Esta es la serie. Por eso iba el crédulo «a coger la verbena» (a dominar la plenitud de la vida, el solsticio de la vida, el centro del verano, cuando es más fuerte la germinación, el ímpetu vital). Los judíos, en vez de verbena, buscaban enneas; los moros, arrayán; los cristianos, en el romance de Guarinos, juncia... ¡Ya en los siglos de hierro, la costumbre! Pero los celtas españoles rechazaban la juncia, amigos de la verbena. Y los celtas, esos astures y gallegos, madrileñizados, trajeron a Madrid su verbena..., y Dios se lo pague.

Todo lo antedicho tiene que ver con la verbena madrileña, que es el antecedente de la denominación. Y el pretexto de trasladar desde las ermitas que bordean la capital de los Austrias, las romerías que los Borbones convierten en fiestas municipales. Si la noche de San Juan se saltan las hogueras los mozos aldeanos, si judíos y moros supersticiosos, y celtas agarrados a sus usos — y de todo hay en la mescolanza de Madrid, y abunda— sienten el hormiguillo de referirse en sus diversiones a la hechicería de sus ancestrales, por un por si acaso, o por rutina, o por alegría de recordar la aldea; y si eso está bien visto por los

sas, pues ser religioso, para un enciclopedista, es ser retrógrado, es natural que aquellas peregrinaciones a la ermita del Cristo del Camino, o del Santo Angel de la Guarda, a la de San Blas, al Pardo, por San Eugenio, San Dámaso, Santa María de la Cabeza, San Isidro, Nuestra Señora de la Soledad, la Virgen de los Desamparados, San Juan, Magdalena, San Bruno..., se convirtieran en las bullangas que ampara lo verbenero, lo pagano. ¿Se puede probar esa evolución? Pues me parece que sí. Ya en el siglo XI, ante la ermita de Nuestra Señora de Atocha, la ceremonia degeneraba a baile. Y la de San Blas, lo mismo, en el siglo XVI. Cuando la romería deviene bailoteo, la devoción, pretexto, y la liturgia, reglamento del corregidor velando por las buenas costumbres, la romería ha mudado a verbena. El caso es que entramos en el XIX con una transformación que afecta al fondo y a la forma. El rezo es el porqué; la diversión el cómo.

II

Pues además ocurre que en el XIX dos ermitas, más cercanas a los barrios de trueno, se han erigido en las mismísimas orillas del Manzanares que todos los poetas de oro, de Lope para Quiñones de Benavente, califican de sede del galanteo y manto que encubre la buscada aventura. Son esas ermitas (las pre-verbenas), la Virgen del Puerto y San Antonio de la Florida. Es el minuto histórico en que la romería se viste de verbena, lo sacro es matiz nada más de lo profano que había conquistado, bajo capa de culto a San Blas, Nuestra Señora de Ato-





El olor cálido de los churros, el movimiento circular de los caballitos y la belleza de las chulapas, elementos básicos del jolgorio verbenero.

cha, el Angel de la Guarda, todo el área de los sotos: Migas Calientes, sotillo o pradera del Corregidor, Fuente de la Teja, Campo de Rivera, camino del Pardo... Allí no hay sino alegría, merendola, noviazgo, comba, pelele manteado, cometa de muchacho, bota escuálida al volver, guitarra y salero. Los santos..., ¡ah, sí!..., en su hornacina, ya entramos a verlos.

¿No les dice a ustedes nada que se concentren todas las romerías en el foco que irradiaba el solsticio, entre el 13 de junio y el 18 de septiembre? Madrid ha adoptado la nueva magia de la rama de verano-verbena, que atrae la fecundidad, que hace ver los amantes muertos, los

vierte, quizás burlándose de lo mismo que ha entremezclado. Porque Madrid es así. En don Ramón (el de la Cruz) se hallan los primeros cuadros de ir y estar en la verbena, antes romería, dedicados a todo lo sabroso y delicioso, con omisión de las devociones, aunque ellas han sido el punto de partida y las que amparan el echar esas canas a esos aires..., que ya se respiraban por las romerías. Dígallo Quevedo, el cual describe la anteverbena, la romería del Angel (de la Puerta del Angel), con este diseño de lo verbeneril, sucesivo:

“Muchas carrozas rebosando dueñas,
de todo un barrio cada coche lleno,
señorías y limas, por regalo,
doncellas rezumándose por señas...”

Y el eco de Ricardo de la Vega:

“A lucirme y a ver la verbena...”

Corrobora Sainz de Robles mi tesis. Alude a la romería del Trapillo, consagrada al evangelista San Marcos —25 de abril— «que tenía escenario —dice— en un descampado que había fuera de la Puerta de Fuencarral, denominada de Los Castillejos, y que ocupa hoy la glorieta de Quevedo. El nombre de esta romería provenía de que cuantos romeros acudían a ella iban andrajosos y mugrientos. (El gusto por lo chabacano de Madrid, digo yo.) Y sigue Sainz de Robles: «Como los ele-

gantes acudieron a presenciar el paso de los “harapos beodos”, surgió el dicho de que concurrían los nobles “a ver el trapo, y los plebeyos a orearlo”. En el lugar aludido desatábanse los bailes más procaces y las borracheras más fenomenales.»

Como en la otra romería famosa, la de Santiago el Verde (1 de mayo), entre la Puerta de Toledo y el Portillo de Embajadores, le tocaba a la gente de pró desbordar vanidades, lujos e intrigas eróticas. También había cante, baile y vino. «Apenas sombreaba la tarde —concluye Saiz de Robles— en el Sotillo corrían gran peligro la honestidad de las damas y la honra de los maridos.» Góngora, refiriéndose a tal riesgo, puso como estribillo a una de sus célebres letrillas:

“No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
que novio al Sotillo fué
y volvió hecho novillo...”



seres recónditos en el misterio de la naturaleza —elfos, silfos, hadas, y esos duendes, de los que hay tantos en los palacios de Madrid— acepta el celtismo gótico, lo recubre de devoción a un santirúlico... y se di-

Y había hasta crímenes. El de la «ilustración», rey Carlos III, las prohibió. ¿Le hicieron caso? No. Pero si aquello eran las romerías, en el XVII, no hay que extrañar que en el XVIII se desvirtuaran y en el XIX estuviesen ya verbeneadas al clímax. Por lo menos, hay que reconocer que la verbena no es hipócrita. Y de eso de la magia, nada, como decimos. De la inclinación y la denominación no quedó más que esta última. Si eran descreídos, o indiferentes, o ignorantes, los que paganizaban lo religioso, ¿cómo iban a ser fieles a una doctrina muerta, buena sólo para formar con su símbolo enramadas, adornar balcones, tocar panderos, saltarse hogueras... y creer en la Fuente de la Vida, de la que bebe la Juventud?

III

Ya han fingido ir a «coger la verbena» los buscaris y las condescendientes, ya se han enterado de que por los Madriles no hay planta de verbena alguna, y sí de albahaca, la planta de la verbena-diversión. Ya se ha traspuesto un acto de culto a un acto de entremés, enredo y desahogo. Ya la romería

es verbena. Centra el nuevo festejo, es decir, la pública aquiescencia y acatamiento a una forma más descocada y menos falsa de la juerga, la verbena —ya no la llaman romería— de San Antonio de la Florida, la primera que «envía Dios». La conjugación es notable: santo que da novio, soto del Manzanares con sus ocultis y su sombra alcahueta, libertad para graznar, holgura para corros, corchetes o guindillas, según la época, que se hacen los distraídos, el ¡viva yo!, que tanto le entusiasma al madrileño. La primera que Dios envía es motivo de otra constante de Madrid desde los Borbones: la mezcla del patriciado con el pópulo. Nada más deseado por damiselas, aristócratas y gentileshombres de etiqueta que ponerse en mangas de camisa y entramarse con el hilazo gordo de los primero majos, después manolos, luego chulos. La chistera de don Hilarión rodando por el solar donde se marcan las habaneras de Bretón, es un símbolo. El que comenzó el infortunado Luis I, continuó Fernando VII, y ahí se detiene mi lista. A San Antonio hemos ido todos, apellido cual fuere, presumiendo de pañuelo al cuello y gorra a cuadros. Ya la verbena se ha adueñado, con mitología y sin mitología, de la llaneza y la gachonería de Madrid. La otra



Ayuntamiento de Madrid

ermita estratégica, la de la Virgen del Puerto, ha sido acaparada por la gaita. Los celtas, ellos sabrán si rama de verbena en mano, se acogen al solsticio y a la empanada.

No se olvide que lo goyesco remacha el sentido estético y social de la verbena, paganismo recién introducido a socaire de santidad. Lo goyesco da alma al Madrid de su maravillante padre, don Francisco, el de los Toros, como le llamaba Répide, hasta el estallido de aquel cometa que por poco nos deshace,

producto autóctono que ofrece un nuevo e inesperado estilo de vida. Número seis: el «todos somos unos» (¡que bien lo vió Benavente!) en que abdican los aristos en el altar de lo popular, corriente directora, absorbidos los nacidos para dirigir.

Lo goyesco, tan literario, tan plásticamente hermoso, se crece cuando el pueblo —cuando el ánimo de lo goyesco— declara la guerra al país más poderoso de Europa, muere por su sentir, y su creer, y su rabioso deseo de seguir siendo como es, y se levanta



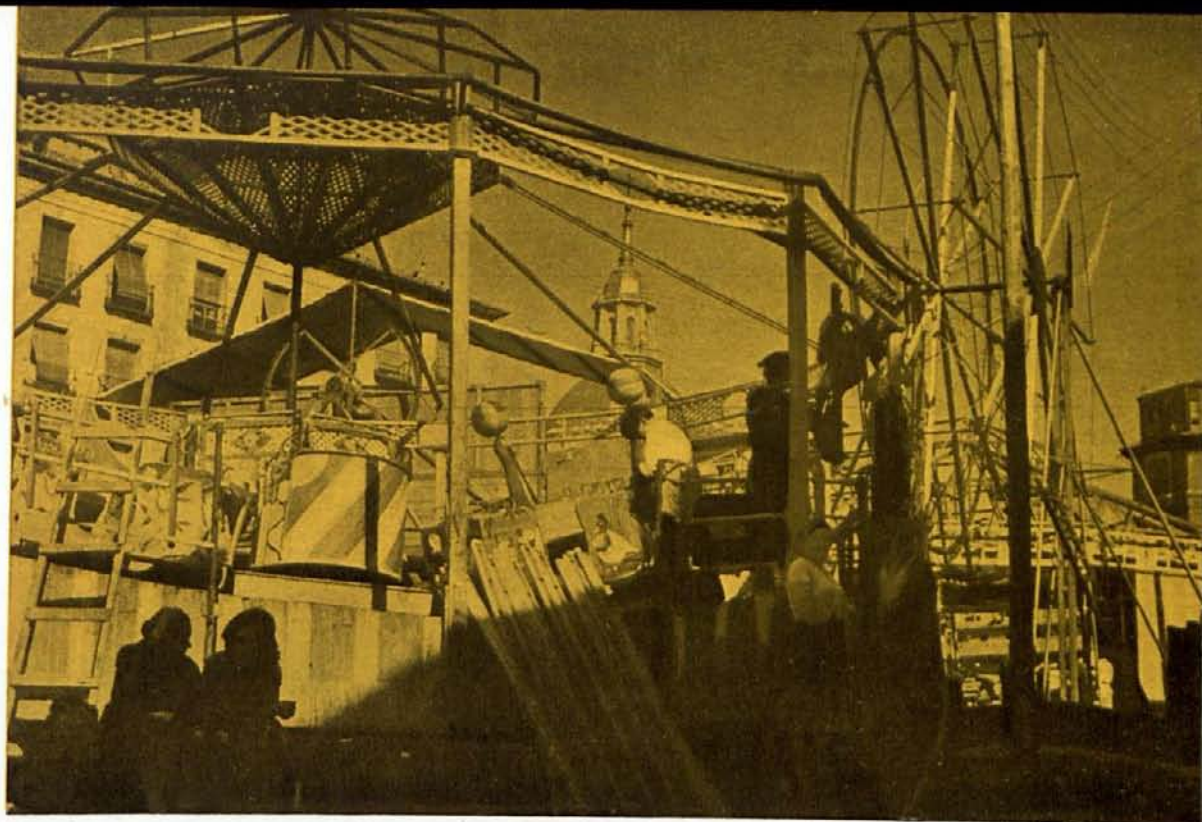
El tíovivo, sueño galopante de las tardes de jueves, cuando los niños cabalgan y gritan sobre las inmensas praderas de su imaginación.

que traía cola de República. Un período en que Madrid acepta: Número uno: la primacía en categoría del pueblo sobre los demás estamentos, la aristocratización del pueblo, véanse los cartones de don Francisco, el de los Toros, en que elegantiza lo plebeyazo, da toque de selección a lo burdo correoso. Número dos: el pintoresquismo. Número tres: el medalaganismo. Número cuatro: el abatimiento de los demás caracteres de Madrid —la minoría selecta— bajo el aluvión de la multitud en ademán de rompe y rasga. Número cinco: la admiración general exótica por un

en gallardía inaudita ante el mundo sorprendido. Lo goyesco ha ascendido a categoría universal. En lo sucesivo, se nos criticará de atraso (época romántica) y se nos calumniará de mil moteos (época contemporánea), pero se nos tendrá respeto... y secreta admiración. Nada menos que una fisonomía de España da, para nosotros y para lo transpirenaico, lo goyesco de Goya y del Dos de Mayo.

La verbena, al paio de ese acontecer de magnitud inmensa, se beneficia. La verbena forma parte de la línea estilística goyesca, es para grandeza y para po-

La noria es una cadena ininterrumpida de vértigos; de los alegres vértigos del amor y del juego.



breza, para fusión de términos bajo la advocación germinal de la rama de verbena mágica, que iguala a todos y los abraza en la semilla creadora, Verbena, nivelación social. Estamos en pleno «de hombre a

hombre no va nada», y con el antecedente «del rey abajo, ninguno». El pueblo es de verdad soberano, no sólo en el papelito de la Constitución.

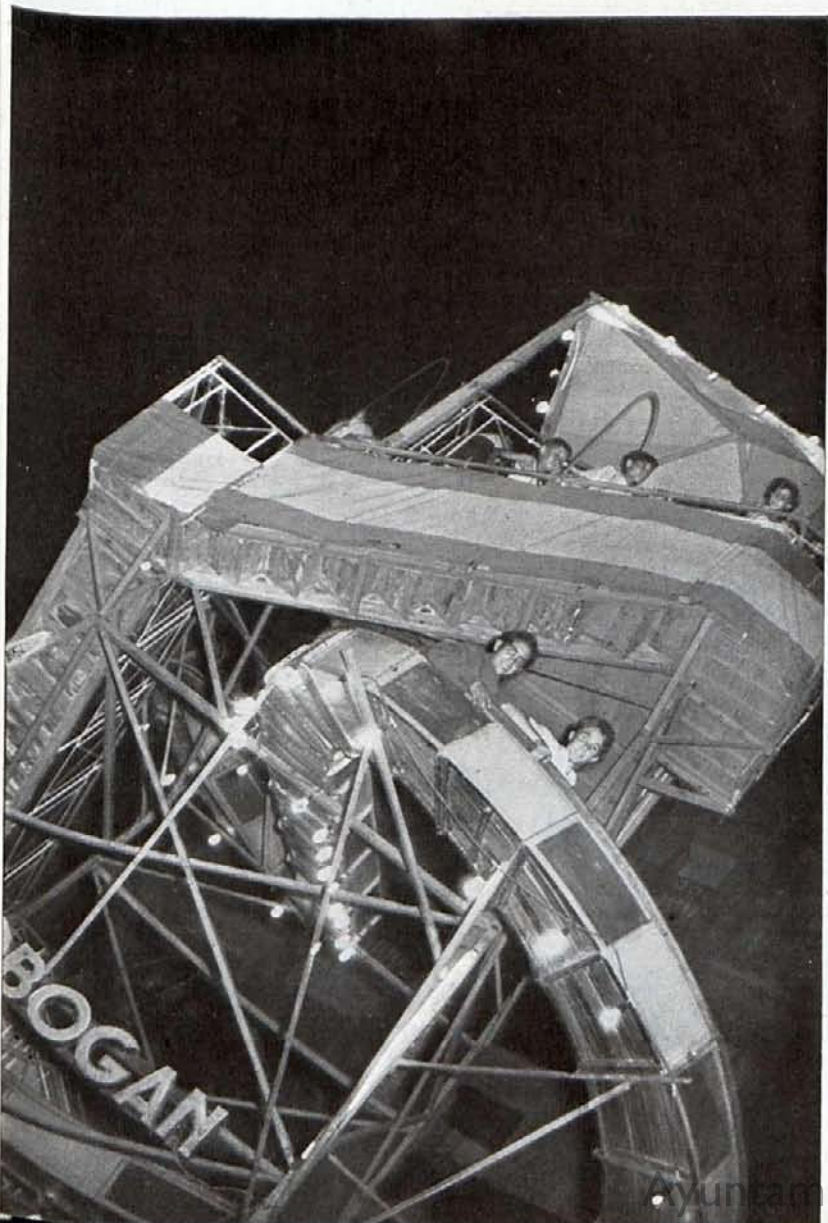
IV

Por si faltaba broche, la verbena lo tiene, y divino. Merece contarse en pormenor.

En una de las laderas del Manzanares, donde dicen que dijeron que un moro que se llamaba Gil Imón (muy marrueco, como se ve), se había asentado en lo alto del cerrillo, por los tiempos de lo goyesco, había un barrio que empezó a denominarse «de la Paloma». Reinaba aquel belitre de Carlos IV, y Madrid contaba, con los dedos, sus habitantes: 155.000.

¿Por qué «de la Paloma»? En la Ronda de Segovia y calle de la Ventosa, ciertas monjas, las de Santa Juana, tenían un corral. Le alquilaron a unos chacineros, que fabricaban allí embutidos (Dios se lo perdone). En el corral se acumulaba, claro es, la leñera.

Pues una paloma iba a diario a posarse sobre la leñera, y jugaba, mansísima, con los carnicerotes y con los muchachos que allí acudían a la husma. Se les hizo familiar. Todo el día sobre la leñera, o en las palmas, hombros y cabezas de mataburros y de muchachos. Llamó la atención su perseverancia y que al atardecer se marchase no se sabía dónde, y que volviera, que insistiera en dar su arrullo a un lugar fijo de los montones de ramasca. La pesquisa fué inútil. Nadie daba razón de la paloma después de atarde-





cer: era sin dueño, no se supo de dónde salían ni dónde se refugiaba. Tan sólo su familiaridad, su domesticidad con los corraleros de la chacina y con los chicos del arroyo. Por fin, el hallazgo, por los avizores muchachos: entre la leña había un lienzo enrollado con una al parecer imagen ennegrecida por el mal trato.

Los chicos se pusieron a jugar «a misas» y luego «al toro» con el lienzo. La paloma, alterándose, les picoteaba, estorbándolo. Así transcurre algún tiempo. Los chacineros ya se han acostumbrado al ave y no cuidan de ella. Los chicos la torear con el lienzo, como el lienzo hace de capa de torear.

Los vecinos siguen, intrigados, el episodio. Uno de los chicos, Juan Antonio, tiene una tía portera. Se llama María Andrea Isabel Tintorero; «La Tintera», la llaman, por abreviatura. Propone a los chicos la changa: un puñadito de ochavos, otro de caramelos y confites, a cambio del lienzo. La bandada chicuelina acepta. La pobrecilla, de fervientes sentimientos

religiosos, coloca el lienzo en su portal. Es una Virgen, la paloma no se aparta de ella. Denomina, como advocación a su Virgen, «de la Paloma». Ya los vecinos de «La Tintera» mantienen a la avecilla, figura para todo cristiano, por evocadora, conmovedora.

(Digo, como inciso, que cuando Nuestra Señora de Fátima fué traída en andas a Madrid —no hace tanto que no nos acordemos— unas cuantas palomas revoloteaban sin cesar alrededor de la imagen, se detenían a descansar en las andas, acompañaron, fieles, a la sagrada figura en su peregrinación sin separarse un punto de ella. Lo registré en un artículo, con fotografías. Palomas hermanas de la de la nuestra Virgen, espontánea patrona de Madrid por voto unánime.)

La gente, que en su goyesco íntimo era, y es, devota, amiga de «lo de arriba», y más si se trata de Vírgenes —Cristo y la Santa Virgen, marianismo y fe a Jesús de la España entera, no digamos si del Ma-

drid del Cristo de Medinaceli, de «la» Atocha, de «la» Almudena— empezó a rezar ante la bienhallada Virgen de la paloma inseparable. Y alguien, empingorado, el conde de las Torres, se cura milagrosamente; y en seguida Fernando VII. Con lo que la Virgen de la Soledad, que tal era el traslado, o de la Paloma, según la *vox dei*, arrastró tras Ella los corazones de la madrileñería, señorío y clase media, sesudos como goyescos.

En seguida, ¡en buena parte estaba!, verbená para la Madre de Dios, de la Paloma, barrio que reluce, los recién nacidos ofreciéndose por sus madres en el templo donde ya está alojada —la paloma desapareció—, niños que repiten la aceptación de su madrazgo, desde que María Luisa, la lechuza esposa del bragazas de Carlos, el IV, pidió a la Santa Virgen que sanara al príncipe Fernando (de cuya curación ya dije). Todos los madrileños ahijados de la Soledad, de la Paloma, de la que quiso vivir en el cogollo de los barrios de bronce.

Ya es sabido lo que ocurre luego. ¿Verbena de San Antonio? ¡Sí, pero como la de la Paloma! Aca-
ba de arreglarlo el sainete, aquella música que es como el sonido de Madrid sonando en los dentros. De lo

goyesco a López Silva, Luceño, Vega, Burgos, Casero, Arniches... Ya no hay más cuerda para la cometa

V

Verbenas de San Antonio, de la Paloma, de San Pedro y San Juan, de San Lorenzo, «el achicharrao»; de Santiago, el Carmen, San Cayetano, la Melonera (la Virgen del Puerto)... Creo que no me dejó ninguna en el teclado.

¿Qué son? ¿Qué es una verbená, hoy día, mejor dicho, en nuestras noches? Un desencanto para quien no la vió nunca. Una ruina, un desecho, una decadencia fatal, un bulo rutinario a sustituir. Puestos de botijos y loza (menos mal, esto es excelente), puestos de tiestos (menos mal, que la flor y la albahaca son de nuestras entretelas), barracas de autos mecánicos para estrépito y choque, barracas de rifas mecánicas, altavoz, ruido chirriante, bares de zaragatona americana, ninguna originalidad, cero en gracejo, martilleo ensordecedor, martirio de vecinos desesperados, aglomeraciones sin garbo, sin chispa, pese a la de gin, o whisky, o tintorro, peste de humazo, aceite

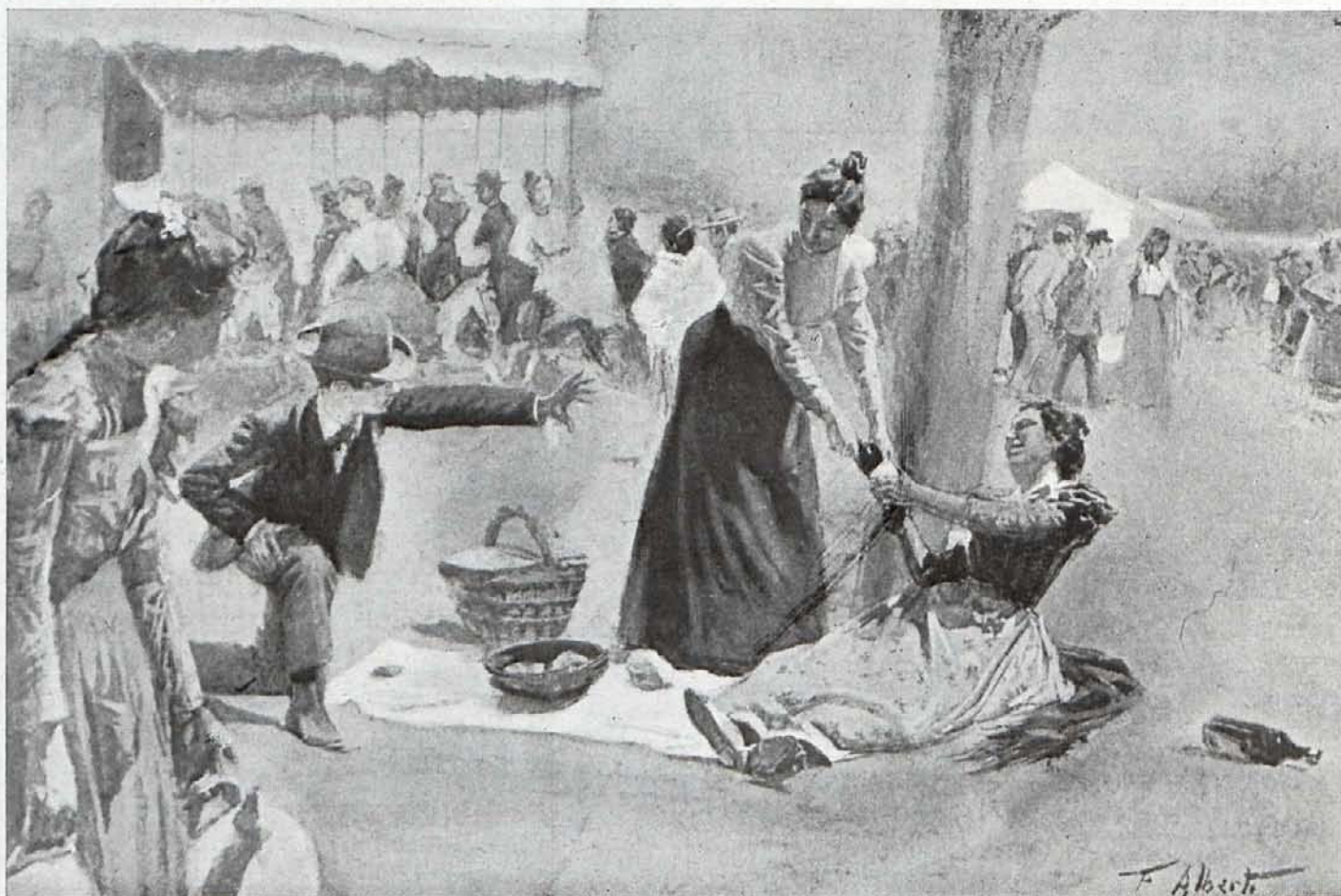
Las chulapas compran adornos verbeneros, aunque su belleza juvenil y lozana no precise composturas... Pero la verbená exige un poco el disfraz, lo grotesco, lo que nos avergonzaría llevar a diario.

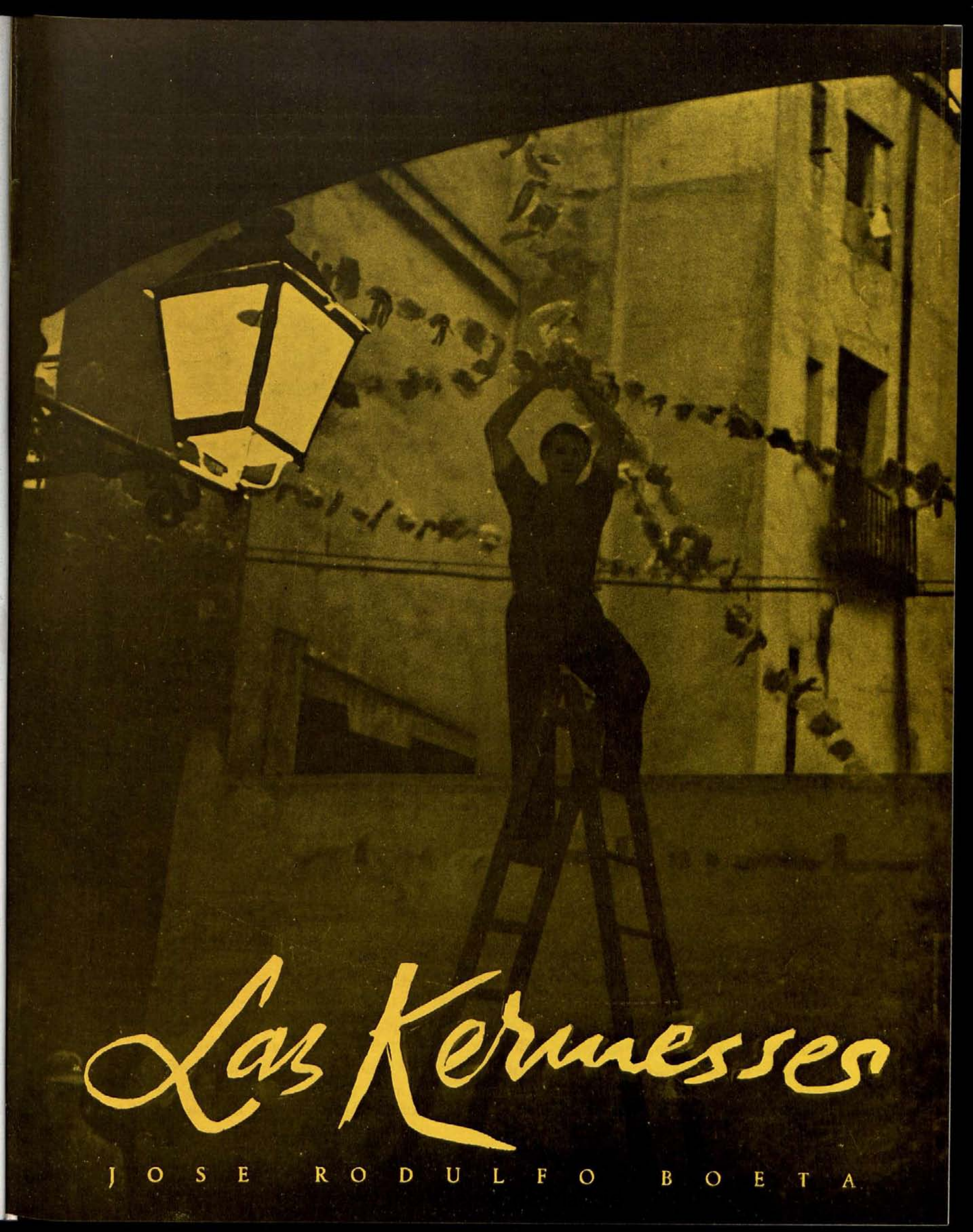


churretos, luz de neón y acetileno, aburrimiento, estentóreos reclamistas (reina lo mercantil), la rueda, si acaso, alta y mareante, un muestrario de brutalidad ingenieril, pero menor, de gritos que taladran el tímpano, además de la torrentera de los ruidos de tanto chisme eléctrico, golpes en el cerebro, señoritas flácidas a la moda de la última estrella de cine, extranjera y rubianca, como es natural; chulería falsificada, algunas y algunos vestidos a lo «verbena de la Paloma», falda de percal, de lunares, pañuelo blanco anudado, meneo de vicetiple francesa que imita, a las españolas, mal ángel de los tíos de sombrero hongo y americana entallada, además de bigote postizo, que alardean de representar a Julián... ¡ Cuando se imita profesionalmente el pasado, es que el pasado ha pasado en definitiva...! La caricatura de aquella de

antes, en que alternaban jolgorio y galanteo, dicharachos y nobleza, sentimiento con personalidad.

La verbena de Madrid no tiene más salida que establecerse en un solo punto, enmarcarla en carácter, implantar ideas que solo pueden dar los artistas, los creadores, eliminar lo postizo, antitético, antiestético, molesto y comercial... Si el Ayuntamiento quiere, la verbena se salvará, se modificará a compas de nuestra visión de las cosas. Si la deja tirada en medio de cualquier calle, atormentadora de los pobres vecinos, que la incendiarían si no les amansaran la responsabilidad, la verbena acabará por ser expulsada por un alcalde de buen gusto. Ya no tiene ni belleza ni razón de ser, como no se la reviva a fondo. Como no la renueve el don de quienes tienen el quid: los artistas, insisto.





Las Kermesses

J O S E R O D U L F O B O E T A

Las kermesses de Madrid,
no las hay ni en París,
... ..

SIN duda tiene razón el viejo «cuplé» que, con ritmo jacarandoso y recortado, defiende la supremacía nacional, e incluso internacional, de esa gran institución del verano y del nocturno madrileño que llaman kermesses. No. No es fácil encontrar por ahí, reunidos, los elementos que se dan cita espontánea bajo el techo rizado —cadeneta y farolería de papel— de un patio barriobajero o a extramuros de la verbena de turno. El renqueante

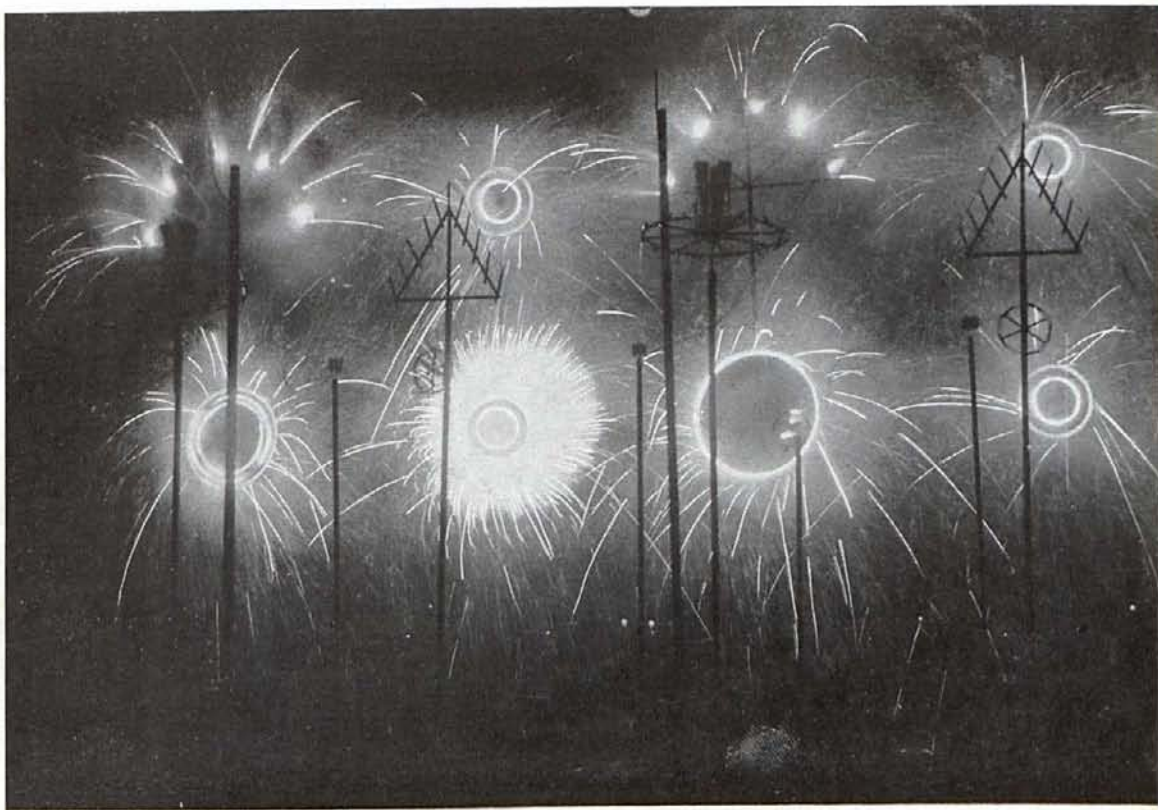
encontrarlos, es cierto, fuera de Madrid, pero, aun en este caso, siempre, reconozcámoslo, para alcanzar el rango de auténtica kermesse, faltará algo. Y ¿qué es, en qué consiste ese algo? Ah, gracia, malicia, desenfadada simpatía, carácter... Con exactitud, nadie lo sabe. Recurramos de nuevo al documento inicial como fuente de información:

ni en salero, ni en «gachís»
nadie puede competir...
lo castizo y lo «fetén»
es bailar en la «kermesse»...
... ..



organillo, sentimental y socialistón, la chavalería femenina jugando a mujeres de rompe y rasga, con mantoncillo de flores y pañuelo de crespón, el concurso para proclamar la bella del distrito; el animador y su micrófono, la sangría y la «dimoná», y, antes y después, el bailongo, en la noche erizada de pitos y humazo de churros... Tales elementos, con variable acento y escenografía, podemos

Pasemos por alto el primer pareado, manifiestamente subjetivo, y detengámonos en el segundo. Lo castizo. ¿Será este el carácter definitorio de todo lo popular madrileño, como quieren muchos? Parece que la pregunta ha de ser contestada negativamente. Madrid, por déficit de tradición sedimentada, no es genuinamente castizo, no se halla entrañado a esa comunitaria trabazón de hábitos y



sentimientos, de costumbre y relación, de ideas e intereses, que integran el sello diferencial de las ciudades. «Ser de Madrid es no ser de ninguna parte», decía don Miguel de Unamuno. El espíritu de Madrid, vivaz y alegre, independiente, analítico, siempre en constante recreación de su propio estilo, en activísimo metabolismo, es, por esencia, refractario a adensarse en fórmulas, a recogerse en tradición. Madrid, espolón y punta de lanza del vivir peninsular, «Madrid, rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas». Y, antes que Antonio Machado, don Benito Pérez Galdós vino a decir lo mismo, de distinta manera: «Madrid, confusión y regocijo de las Españas».

A pesar de la ausencia de lo castizo como fenómeno estable de comunicación y síntesis, Madrid ha sabido inventarse y, en cierta manera, mantener actualizada, la leyenda de su casticismo, ese cliché, superpuesto a su verdadera personalidad, que se acuña en la segunda mitad del XVIII, con caracteres estereotipados ya para el futuro. Ese mundo vario, confuso y encantador, aristocrático y popular, teñido de picaresca cortesana, esa tradición de Madrid, se corta bruscamente a principios del XIX. Desde entonces las riberas del Man-

zanares no encuadran la ronda de la gallina ciega, ni salta el pelele sobre el cielo de la pradera, recortando su gracia tronchada sobre las torres de la villa. Goya pinta la última imagen casticista de Madrid. Después de él, todo ese cortejo abigarrado y airoso de gestos y desplantes, sombreros y monteras, seguidillas y minués, capas y abanicos, majas, manolos y chisperos, se desvanecerá como un sueño que nunca hubiese existido, como una fantasía de la razón. En su viaje por España de 1840, Teófilo Gautier intenta en vano encontrar una maja madrileña, ni siquiera un sucedáneo que le permita evocar el modelo goyesco. Es solamente mucho después, en el meridiano del fin de siglo, cuando Madrid alcanza un nuevo apogeo costumbrista, una atmósfera cerrada —en la política, en la literatura, en los toros, en el sainete— que da ya a la ciudad un sello inconfundible y una cierta apariencia de plenitud. Es la «belle époque» del género chico y los personajes de «La Verbena de la Paloma», «La Revoltosa» o de la «Gran Vía», adquieren esa difícil categoría de crónica viva en la historia de la ciudad. Este perfil de autenticidad que logran, un momento, el teatro y la música, desembocará luego en caricatura y un levantino, Arni-

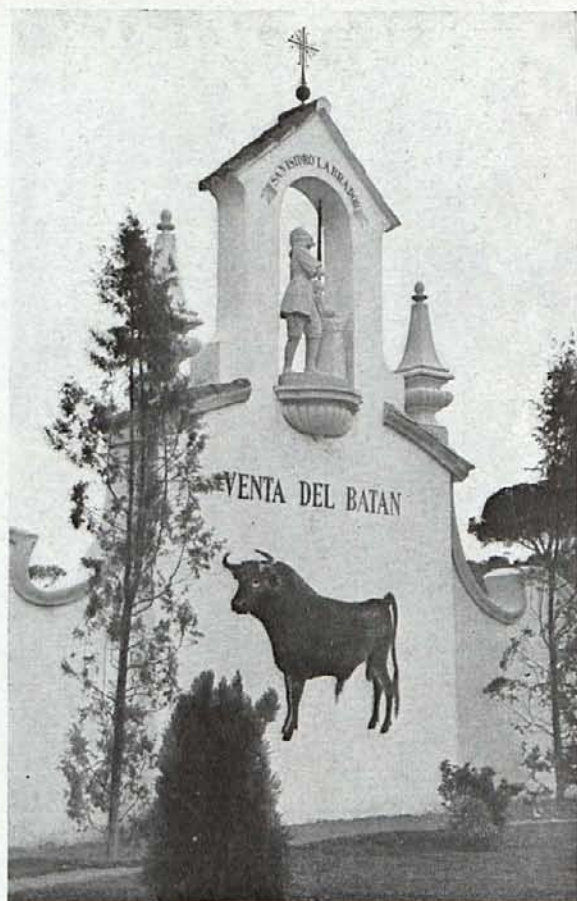
ches, inventará los «timos» supermadrileños de un argot chulón y «castizo», totalmente ajeno al verdadero espíritu de Madrid. Pero, todo lo postizo acaba desprendiéndose como cáscara vana, mientras permanece el ser de una ciudad que, lentamente, como un manantial, va creando su estilo.

Entonces, ¿a qué dimensión humana de Madrid responde la kermesse? Al de un Madrid todavía galdosiano, generoso, rotundamente realista, con fina coraza de humor revistiendo intimidad y ternura. A ese Madrid levemente burgués, equilibrado y discreto de los barrios con solera, que sabe entender la kermesse no sólo como diversión, sino como solidaridad con unos fines asistenciales o benéficos.

Cuando, en la noche madrileña, el verano echa fuera de casa a la gente, la kermesse instala su evocador artilugio, rondando los barrios verbeneros de la villa. El vivir sencillo de muchos madrileños, de los del barrio, encontrará en ellas una bengala de ilusión, mientras se baila hasta el amanecer y el señor teniente de alcalde, con sonrisa casi electoral, entrega su premio a la muchacha que ha «arrollado» en el concurso de belleza, bajo el modesto resplandor de las luces de magnesio.

Sobre un fondo de tranvía de mulas el bombín y el mantón de Manila entrelazan la trenza simbólica del ayer.





TOROS

EN LAS

CORRIDAS DE

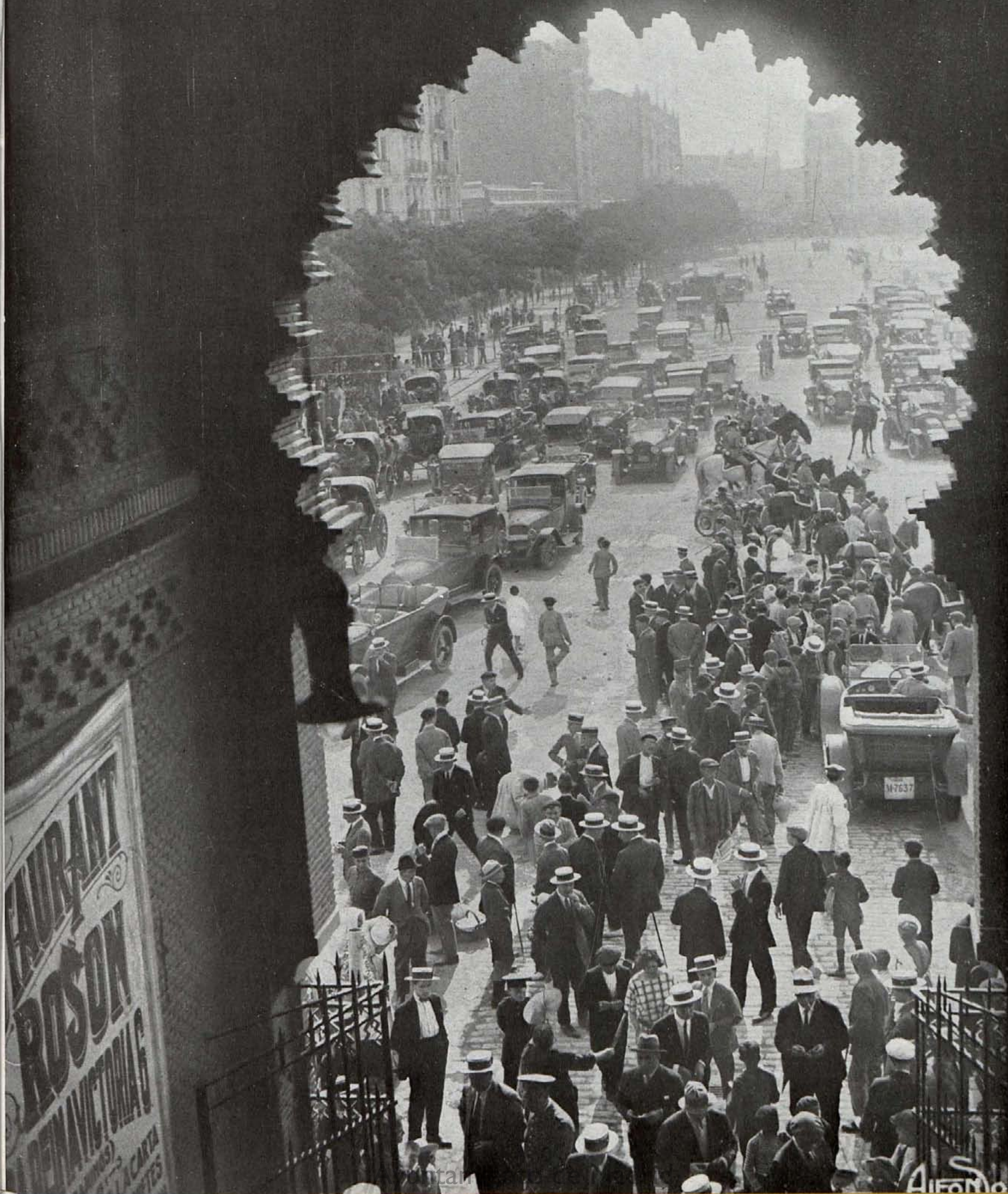
SAN ISIDRO

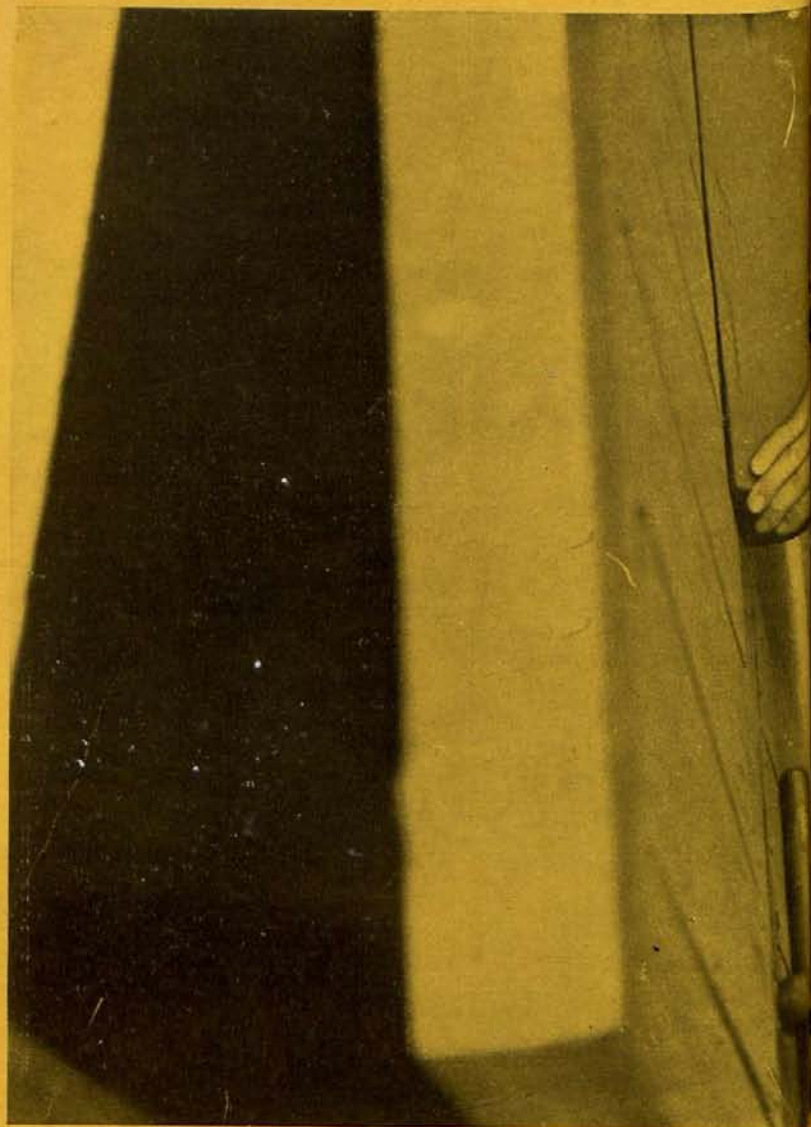
EL TORO HISPANO.

EL toro es la pieza básica de la fiesta, porque sin toro no hay toreo. Hasta con «pregonaos» se han visto faenas extraordinarias, de matices mucho más acusados y emotivos que otras excepcionales realizadas con toros manejables. Un buen jinete nunca podrá ganar una carrera montando un penco. En cambio, un torero hecho y derecho puede triunfar por todo lo alto —especialmente para los aficionados que catan— con un cornúpeto que tira cornadas. Con este astado la gama dramática de la fiesta se acrecienta. Y no digamos cómo se matizan los recursos del diestro.

Toda la corrida gira alrededor del toro. Se anuncia corridas de toros, no de toreros. Y aunque se trate de demostrar lo contrario hay admiración por el toro. «Ese animal poderoso, de condición bravía, de fiero valor, que se desarrolla y vive plácidamente en la soledad campera, manso,

P O R D O N J U S T O



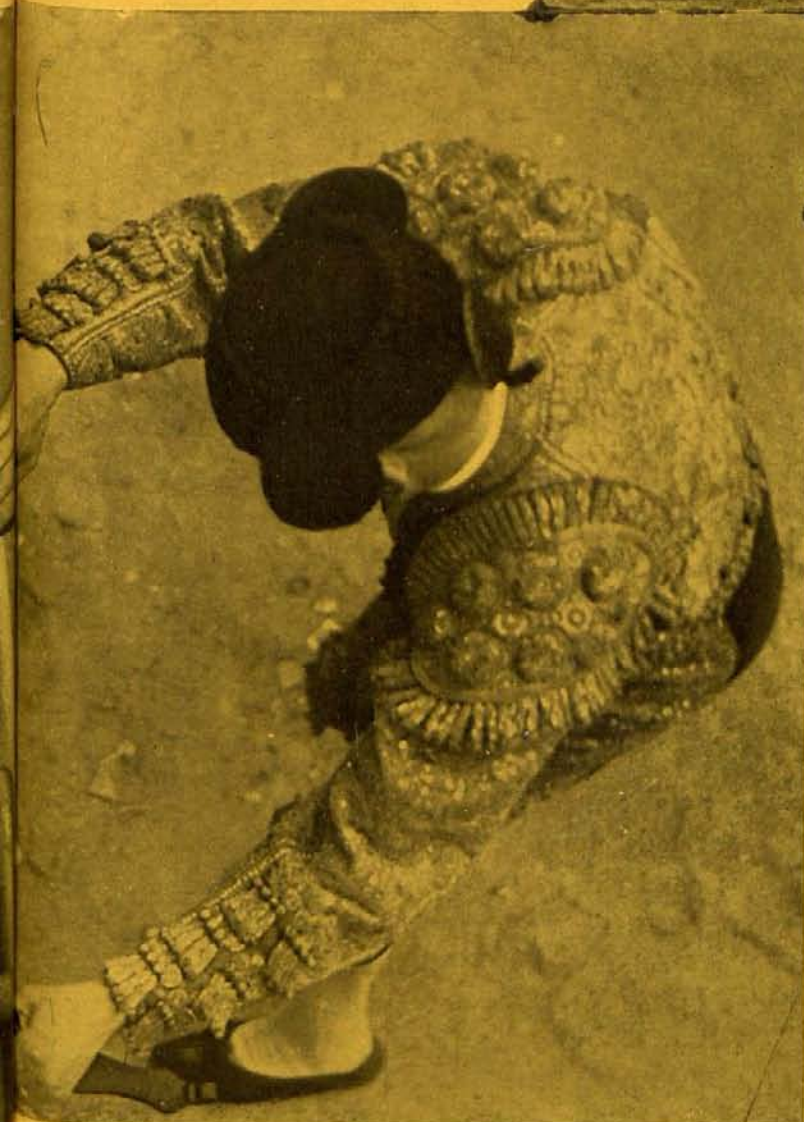


José Gómez Ortega, «Joselito», según dicen los críticos el más grande torero de todos los tiempos, retratado en Madrid la víspera de la trágica corrida de Talavera, en cuya plaza perdió la vida.

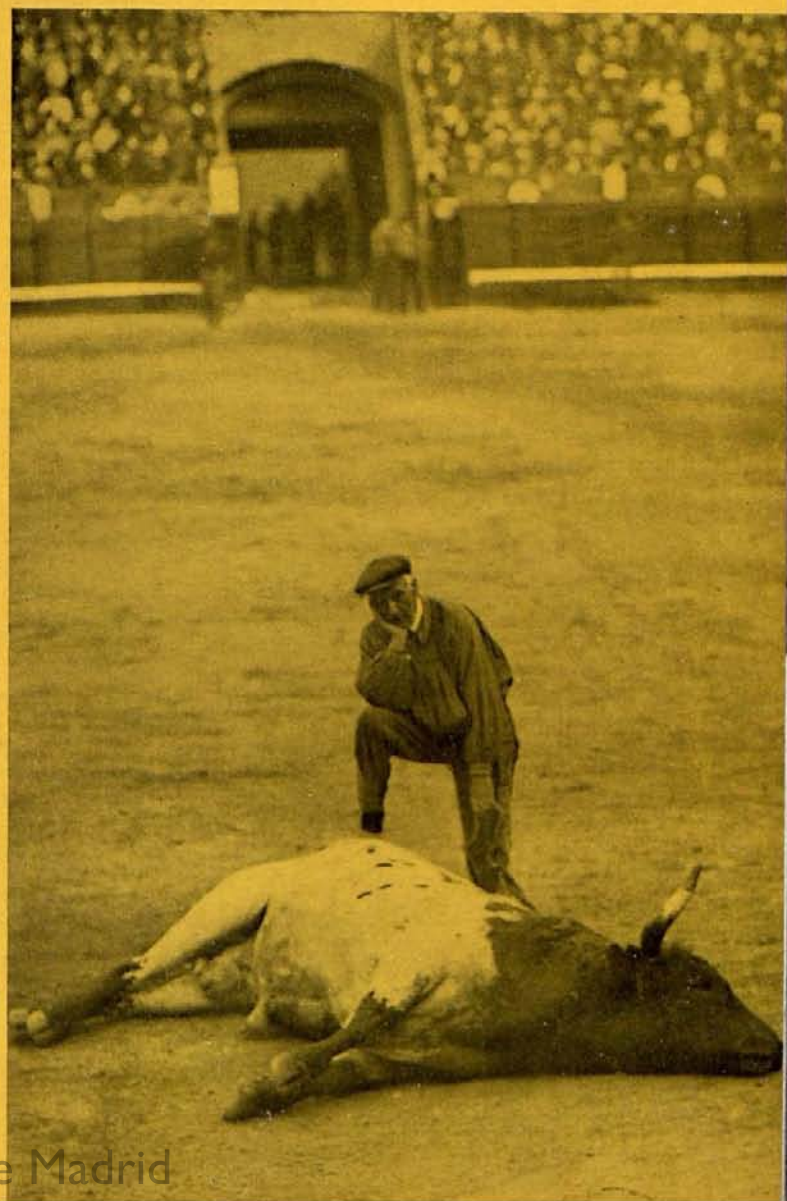
Un adorno de «Gallito» en sus mejores tiempos de matador de toros; su estilo y su personalidad aún es recordado por los viejos aficionados.



Contreras.



Estampa soberbia del último toro lidiado por «Jose-lito» en Madrid.



El acto de abrir los toriles es expectante y solemne. Aquí vemos al antiguo torero veterano en ese menester de la plaza de Madrid.



Toda una época; chisteras y toros de treinta arrobas.

pacífico y, sin embargo, con un caudal en potencia de combatividad agresiva, de zahareño valor, de fuerza y agilidad tan inaudito que lo constituyen en un ser excepcional y privilegiado. Si permanecemos en su centro, solamente por excepción emplea, grediendo, sus armas formidables. Y esta excepción se produce cuando ha sido por alguna causa hostigado. En el campo su primer impulso es esquivo.» Así es el toro hispano; o así debiera ser. Tal definición nos la ha brindado un aristócrata de la sangre y del toreo, que vivió mucho en el campo, sin haber sido ganadero, y que por pura afición mató muchos toros. La consideramos como la más completa y bella de todas las definiciones que conocemos.

Los aficionados admiran ese toro. Los profanos también. Nos lo dice el gentío que todos los años se congrega en el templo de Tauro —Venta del

Batán— para contemplarlo reposadamente. Allí se dan cita toda clase de personas, de uno u otro sexo, que admiran al animal hermoso, de extraordinaria belleza física, de fina y lustrosa piel, arrogante y musculosa constitución, de patas enjutas y nerviosas terminadas en finos cabos, sobre los que pisa con firmeza. Esto es lo que se va a ver en el Batán durante los días isidriles.

NO ESTÁN TODOS LOS QUE SON.

Pero... Eludimos el juego del toro en la plaza. Lo que llevan dentro nadie lo sabe. Dicen los buenos aficionados que al toro hay que calarlo antes, como a los melones. Los ganaderos soportan desilusiones y pasan berrinches. Una corrida con «nota» puede salir muy mansa. El criador tenía fe en ellos,

pero salieron tirando coces y huyendo de los caballos. Misterios de la raza. No obstante los toreros tienen preferencia por unas u otras vacadas.

Eludiremos también el tema polémico, sin referirnos a la gama de bravura —hoy más bien bondad— que motiva las predilecciones. Los toreros de cartel imponen los hierros. Así hemos llegado al momento actual, en el que los nombres de las ganaderías de Salamanca están por encima de las de Andalucía o Extremadura. El torero anda más a gusto con los morlacos salmantinos; esto es indudable. Por eso vemos cómo a la feria de San Isidro, de año en año, vienen menos reses andaluzas. Desde el momento que de las corridas mayeras sale siempre proclamado un toro «ilustre», debieran ser tantos los encierros de Salamanca como los de Andalucía; pero prevalecen los del campo charro.

No importa. La gente volverá al Batán a admirar los toros; los que sean. Pero los aficionados lamentarán la reducida comparecencia de los toros de la Bética. Y sobre todo la ausencia de los de

Miura, Santa Coloma (en sus dos ramas, Buendía y Bartolomé), Moreno Ardanuy (antes Saltillo), Domecq, Villamarta, Concha y Sierra, entre tantos otros, que hace muchos años no figuran en los carteles taurinos de las fiestas del Santo. El aficionado añora otros tiempos, en los que también hubo toreros mandones y exigentes. Pero, no tanto, no tanto.

EN OTROS TIEMPOS.

No hay que remontarse al tiempo de los godos para referirse al ayer taurino. También entonces los toreros de cartel tenían preferencia por unas u otras ganaderías, aunque no siempre podían exigir las que eran de su mayor agrado. Cuando Machaquito y Bombita se hartaron de torear en todas las ferias toros de Miura, pretendieron que cuando lidiasen morlacos de esta vacada se les retribuyera extraordinariamente, alegando que los cornúpetas de don Eduardo eran extraordinarios. Tuvieron sus más y sus menos con la empresa de Madrid.

La plaza grande, en San Isidro.





Un adorno del Gallo y Belmonte vistiéndose para la corrida.



Ayuntamiento de Madrid

El aficionado añora tiempos pasados, en que venían a la plaza de Madrid muchos más toros andaluces que salmantinos.

Hemos repasado los carteles de la semana isidril desde el año 1920 a 1930, ambos inclusive. Entonces no había feria; las corridas no se daban en ristra. El abono comenzaba después de la corrida de Pascua de Resurrección y continuaba en meses sucesivos. Así, las corridas de la semana grande eran casi siempre del abono. Y de ese repaso vemos cómo en la semana isidril de 1920 se celebraron tres corridas, con toros de Veragua, viuda de Soler y Murube (dos andaluzas y una extremeña). Por cierto, en la primera figuraba Rafael «el Gallo» en el cartel. Reaparecía en Madrid después de su retirada. Y el famosísimo diestro (que Dios guarde), exigió que para su reaparición los toros tenían que ser del duque. Un gesto muy destacable, cuando, como es archisabido, «el Gallo» nunca tuvo crédito de torero valeroso. Estuvo muy lucido Rafael esa tarde, con los de siempre duros y poderosos veraguas. La corrida del día de San Isidro era de postín; de mucho postín. Esta terna en el cartel: Joselito, Belmonte y Sánchez Megías, con reses de Murube. Tuvieron una actuación desdichada. Corrochano, al enjuiciar su labor en la crónica de *ABC*, glosaba una frase de Guerrita dedicada a tres colegas después de una corrida en la que habían actuado desafortunadamente: «Estuvisteis fatales». Esa corrida isidril fué la última que toreó Gallito en Madrid. Veinti-

cuatro horas después las campanas de Talavera de la Reina tocaban a muerto. El toro *Bailaor*, de la ganadería de la viuda de Ortega, segaba en flor la vida de uno de los colosos de la tauromaquia.

En años sucesivos, en esas corridas de San Isidro —hasta 1930 es la cita— se lidiaron toros y novillos —con éstos solamente tres o cuatro feste-

vico, con otra alternativa, la del venezolano Eleazar Sananés. Abelardo G. Reina (Bañuelos), que entusiasmaron al público. Otra de Esteban Hernández, viuda de Domecq, de los que uno trajo de cabeza a Fortuna, al que maldita la gracia que le harían los tres clarinazos que le tocaron. Santa Coloma, bravísimos y con mucho trapío. Guadalets,

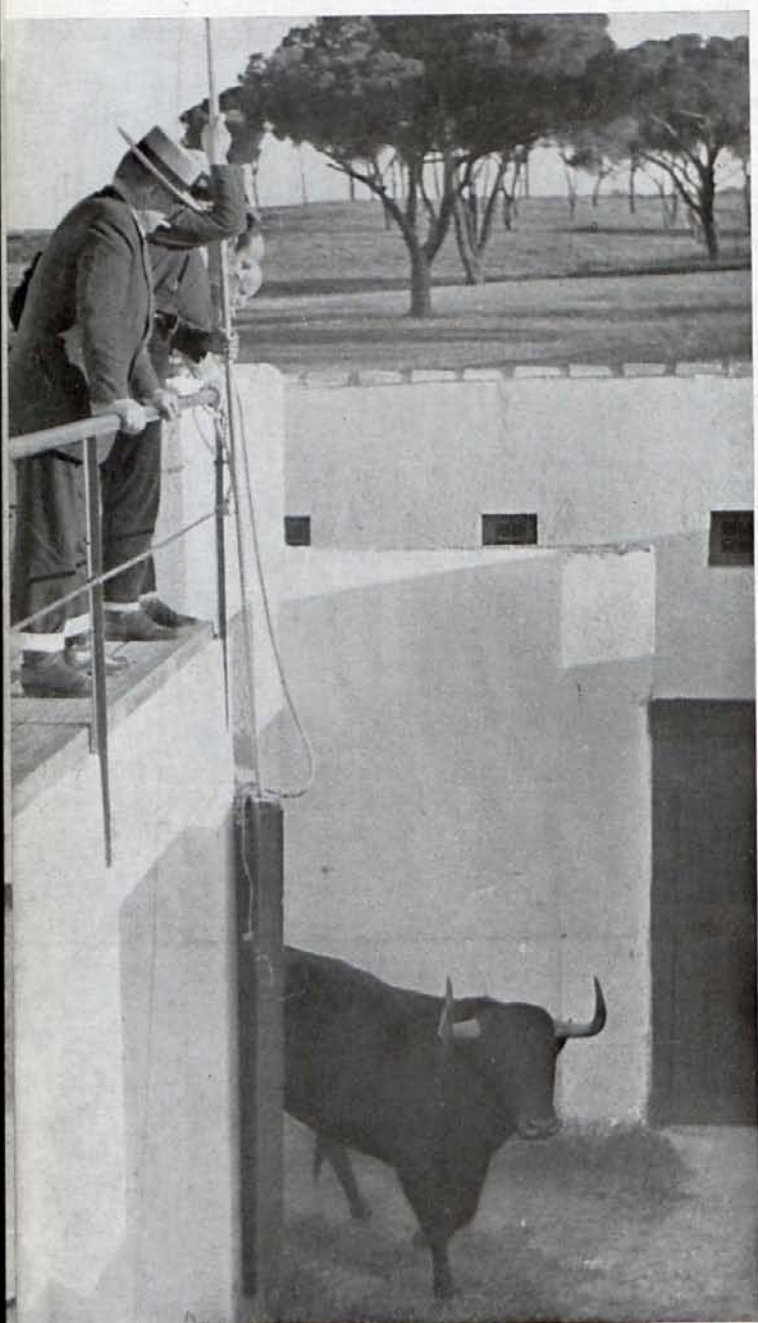
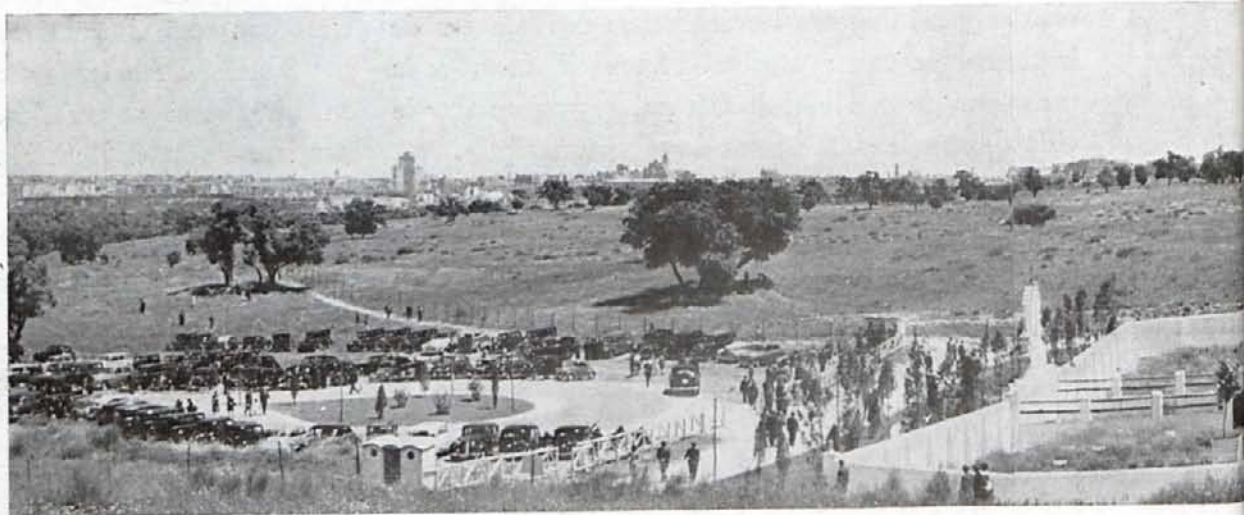


¡El toro!

jos— de las siguientes ganaderías: Palha, dos de ellos fogueados, y con los que obtuvo Larita un señalado triunfo; Félix Morebo, Ramón y Cristóbal Gallardo, Esteban Hernández, de enorme presencia y bravos, lidiaba un día de San Isidro con los que confirmó la alternativa, Maera. Gamero Cí-

Victorio Torres, Pablo Romero, grandes, buenos y noblotes. Otra de Gamero Cívico, Alipio Pérez Tabernero, de escasa presencia, impropios para la plaza de Madrid. Otra de Pablo Romero, afectados de glosopeda. Otra de Gamero Cívico. Otra de Santa Coloma, de extraordinaria bravura y presencia

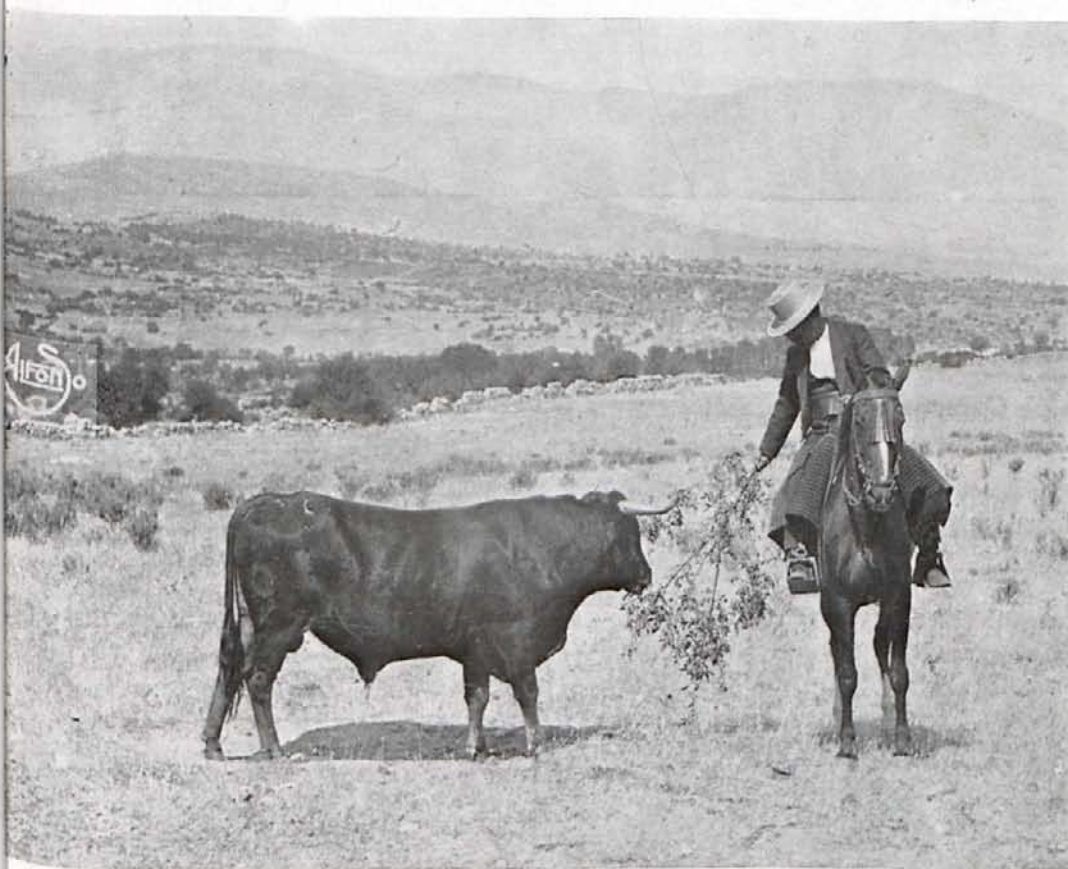
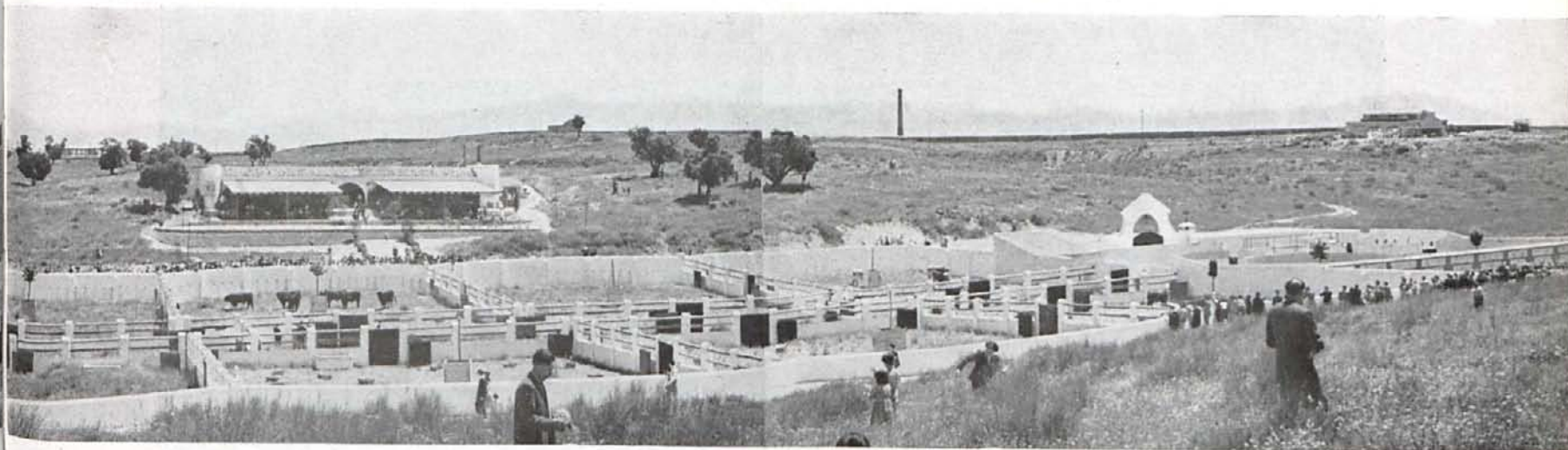
En estas fotografías una vista de Batán y los corrales de la famosa venta donde espera los toros que anualmente se lidian en las corridas de San Isidro, ante la mirada especulativa y discutidora de los entendidos.



(a uno le dieron la vuelta al ruedo). Matías Sánchez, Albaserrada, Tovar y Murube, en una misma corrida (uno de doña Carmen, de bravura excepcional, y otro del duque, muy bravo). Otra de Félix Moreno, Argimiro Pérez, Villamarta. Otra de Santa Coloma. Otra de Moreno. Miura. Pero al llegar a esta última cita abrimos paréntesis. Merece la pena una nueva desviación.

Era el año 1928. La empresa tenía preparada la corrida para el día 16 de mayo, pero para completar la terna con Chicuelo y Niño de la Palma, le faltaba un matador. El «divino calvo», que acababa de desembarcar en Santander, según dijo después de «dar una vuelta por ahí», se ofreció para torearla. Y Rafael quedó incluido en el magnífico programa. Poco importa que con uno de los miuras estuviera fatal; por lo visto continuó dando vueltas «por ahí». Todo menos acercarse al toro. Y le dieron dos avisos. Pero no rehuyó los toros del fatídico hierro miureño. Ya no era un muchacho. Un chusco le preguntó desde un tendido que cuántos años tenía. El torero contestó: «Acabo de cumplir los ochenta».

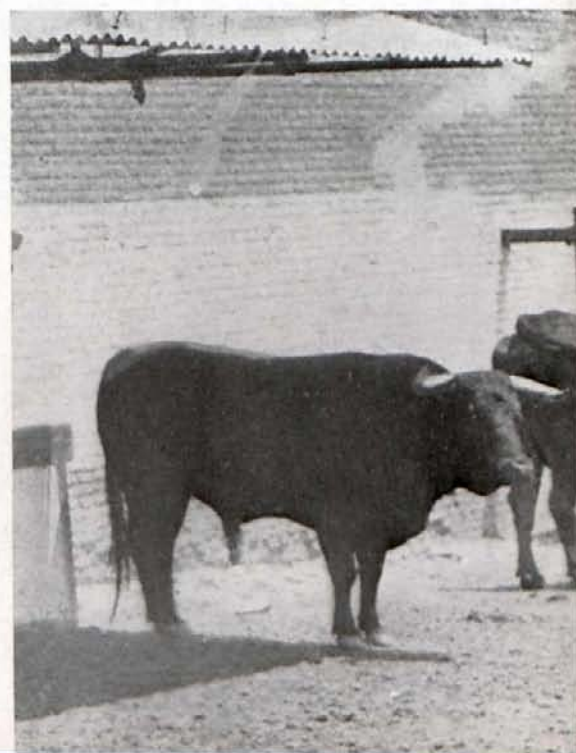
Y seguimos con la cita ganadera. Conde de la Corte, Coquilla, de bellísima estampa, creciéndose todos los toros al castigo. Otra de Esteban Hernández, con dos reses fogueadas. Graciliano Pérez. Otra de Moreno. Otra de Coquilla. Otra de Esteban Hernández. Tres de Clairac, uno de Terrones, etc., en un mismo festejo. Albayda, en la que hubo un toro admirable y dos muy bravos. Antonio Pérez, con un encierro de toros «resentidos, arrastrando

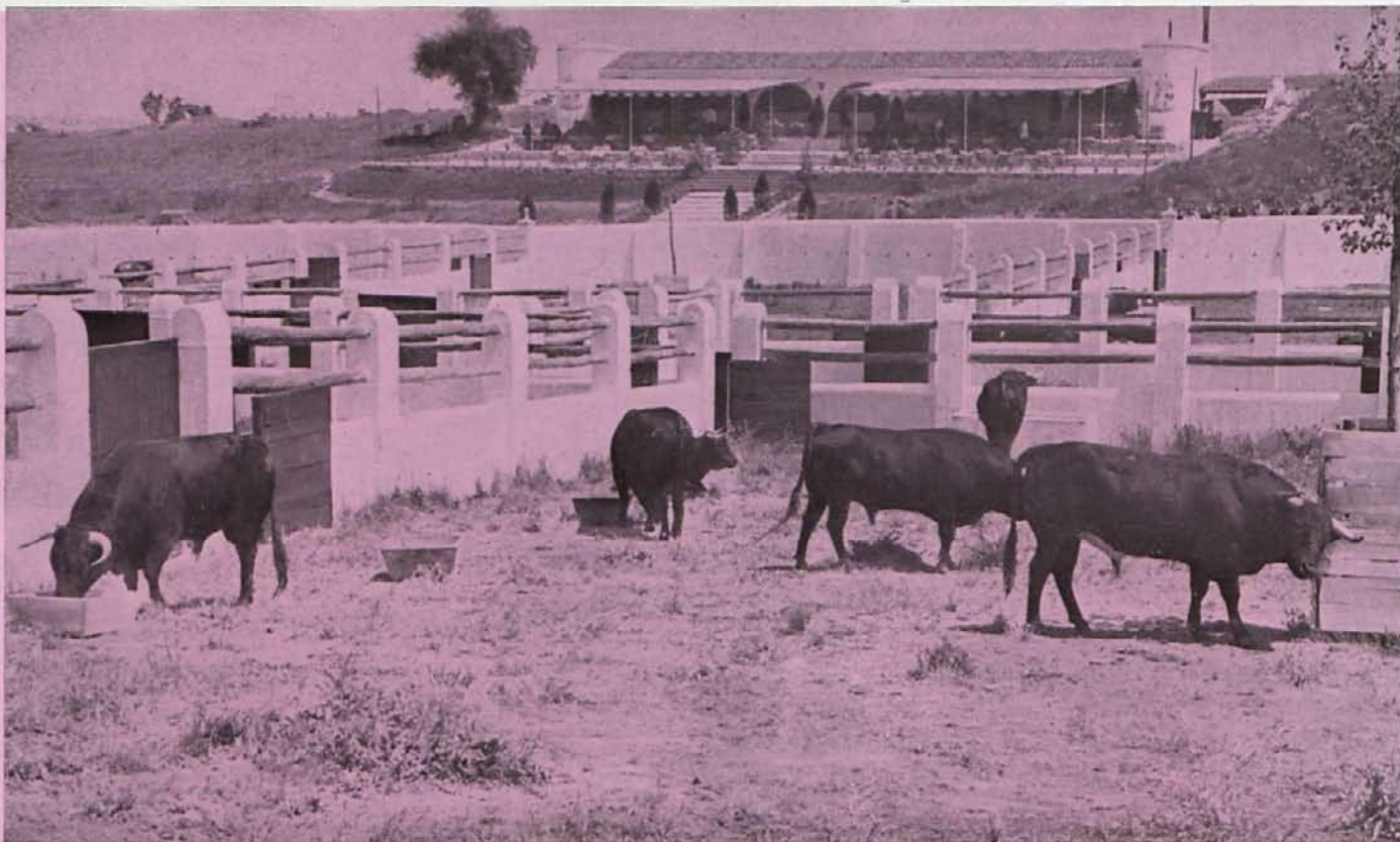


Tal vez esos mismos ejemplares que contemplamos en Batán los podríamos haber visto antes en los corrales de esta dehesa o pastando por sus campos; el toro es parte importantísima de la geografía ibérica y del espíritu de nuestro pueblo, hasta el extremo que su lidia se llama fiesta nacional.

las manos hasta hocicar en el suelo». Otra de Tovar y, finalmente, otra de Paco Coquilla, que también salió muy brava y requetebonita.

En ese tiempo de dos lustros al que nos hemos referido, hubo también durante la «semana grande» dos corridas de beneficencia. Una se celebró el 17 de mayo de 1922, con un encierro de Gamero Cívico, ya consignado, que no permitió mayor lucimiento a Salerí, Nacional II y Eleazar Sananés. Otra fué en 1924, y en ella participaron los rejoy-





Toros en el Batán.

neadores Simao da Veiga y Barajas, con dos novillos de Villamarta, y Villalta, Nacional II y Marcial Lalanda, que en la lidia de otra corrida de Gamero Cívico no estuvieron muy afortunados.

Dejemos también constancia, a título de curiosidad, que en una novillada isidril celebrada en 1924, fué presentado a bombo y platillos, como «da

mayor atracción de la actualidad», el diestro ecuatoriano Max Espinosa, que dió un rotundo mentís a los que redactaron el cartel.

Tras la retahila consignada, con algún posible error u omisión, queda probada la primacía que en fechas no muy lejanas tenían los toros de Andalucía sobre los de Salamanca.



Ayuntamiento de Madrid



SEMANA SANTA EN MADRID

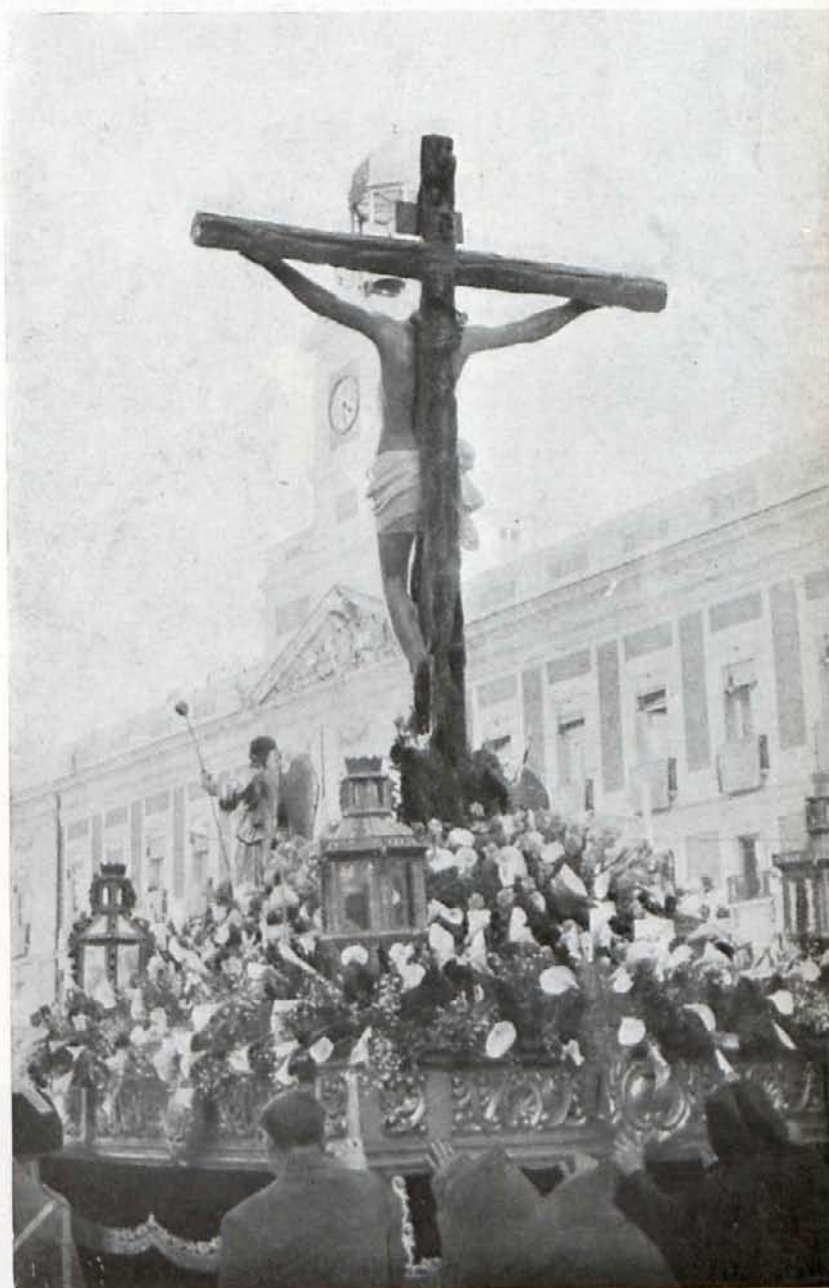
MADRID demuestra constantemente que su capitalidad no es un frío término administrativo, sino algo más profundo que lleva prendido en el propio corazón. Madrid, en esas horas en que a la plataforma de la actualidad sube cualquiera de las esencias éticas del pueblo español, su religiosidad, o su patriotismo, sabe vibrar con el alto magisterio del buen ejemplo.

Así, con motivo de la Semana de Pasión, Madrid ha figurado en la vanguardia del dolor español por la muerte del Hombre que siendo Hijo de Dios quiso redimirnos en la Cruz de su martirio.

La ciudad que titularon de alegre y confiada, el pueblo verbenero y dado al jolgorio, ese Madrid de hongo y mantón de manila, sabe dejar cuando debe los atributos de la alegría para tomar con mano temblorosa la caña del dolor. Si Zamora o Valladolid tienen fama por sus procesiones, austeras, silenciosas, recortadas sobre el fondo maravilloso de las noches castellanas y si Sevilla o Málaga desvían anualmente los caminos del turismo con el esplendor de sus procesiones, estremecedoras y asaetadas como el alma del pueblo que porta los pasos, también Madrid en muy pocos años y casi sin tradición alguna, ha sabido organizar unas procesiones de Semana Santa dignas por la unción, que en ellas se manifiesta por la alta calidad estética de sus figuras, de ser representativas de la capital de España. No olvidemos que al fin y al cabo una procesión no es más que una representación a veinte siglos de distancia de los acontecimientos que tuvieron lugar en una franja de tierra llamada Palestina y que, por lo tanto, constituye un símbolo externo del luto que los hombres llevamos por la muerte de Cristo.

En las fotografías que ilustran estas páginas vemos diversos momentos de la Semana Santa madrileña.

Procesión del Santo Entierro.



Los Sres. Soler y Pombo Angulo, presidiendo en nombre del Ayuntamiento y la Diputación, respectivamente, la procesión del Santo Entierro.



*Presidencia de la procesión de Jesús de
Medinaceli.*

*Otro paso de la procesión del Santo
Entierro.*

*Esta estampa, con
el reloj de Sol al
fondo, también per-
tenece a la proce-
sión del Santo En-
tierro.*



El Conde de Mayalde durante la imposición de la Medalla de Oro de Madrid a los ex alcaldes señores Conde de Valledano y Conde de Santa Marta de Babío; al capitán general D. Agustín Muñoz Grandes y al director del Banco de Crédito Local, señor Fariña.



D. Francisco Rodríguez Martínez, Presidente de la Orquesta Sinfónica, impone al primer teniente de alcalde, D. José María Soler, la Medalla de Oro de dicha entidad.



Momento de la imposición de la Medalla de Madrid al director de la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico, D. Arturo Somohano.



Firma del convenio de cesión de mil viviendas por el señor Arrese y el conde de Mayalde, en representación del ministerio de la Vivienda y del Ayuntamiento de la Capital.



Un momento de los Ejercicios Espirituales celebrados en el Ayuntamiento para funcionarios de la Corporación.



En los salones de la Casa de la Villa se celebró un banquete en honor de D. Mario Amadeo, embajador de la República Argentina en las Naciones Unidas.



Escolares catalanes, que han pasado unos días entre nosotros, son obsequiados con libros y juguetes de la Casa de la Villa.



La portada del histórico Hospital de La Latina, en su nuevo emplazamiento de la Ciudad Universitaria.



Las autoridades en el acto inaugural del nuevo emplazamiento.

Inauguración de la exposición de Antiguos Planos de Madrid, celebrada en los salones del Museo Municipal. Aparte del Teixeira y otros planos y mapas ya conocidos, fueron exhibidos por primera vez importantes ejemplares.



Emplazamiento de Madrid



ENTIERRO DEL DR. MARAÑÓN

En estas fotos vemos tres momentos del entierro del doctor Marañón. En la superior, la comitiva fúnebre se pone en marcha en el Paseo de la Castellana. Abajo, la presidencia del duelo, en la que figuraban varios ministros y los familiares del finado, y en la derecha, patética muestra de la expectación dolorosa del pueblo de Madrid al contemplar ante la Facultad de Medicina el paso del cortejo. Esta última fotografía es un oportuno símbolo del luto que el buen pueblo de Madrid lleva estos días por el más ilustre médico español; justamente las cabezas de estos hombres y mujeres están enmarcadas por le letrero que anuncia la Facultad de Medicina, el lugar en el que don Gregorio ocupó su alta cátedra de sabiduría.

La muerte del doctor Marañón es de las que dejan un vacío irreparable, ya que sus cualidades nada comunes, su profundo conocimiento de la medicina y de otras materias y su galana pluma de escritor no pueden sustituirse fácilmente. Con el doctor Marañón ha desaparecido uno de los más brillantes capítulos de la medicina y de la literatura española contemporáneas, representadas excepcionalmente en un solo hombre. Por eso el pueblo de Madrid, que posee un extraño instinto para calibrar a los hombres, ha sentido el profundo dolor que su ausencia representa.





EL ALCALDE DE MADRID EN LONDRES

DURANTE cuatro días, invitado por el Lord Mayor de la capital británica, el Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde, ha visitado Londres y ha sido huésped de honor de su Alcalde. Muchos éxitos, en el terreno de las relaciones internacionales, puede apuntarse, a lo largo de su gestión, el Conde de Mayalde, pero ninguno superará éste obtenido en su último desplazamiento. Una cordialidad auténtica, un auténtico sentido de amistad entre ambos países y una serie de importantes conversaciones sobre el porvenir y contacto de ambos Ayuntamientos, han jalonado unas jornadas que para todos resultaron inolvidables. Londres ofreció, bajo un sol de excepción, su auténtica bienvenida al Alcalde y sus acompañantes, y expresó sin cesar la simpatía que por Madrid y por España siente.

Un momento de la recepción ofrecida en las bodegas de González Byass a la delegación madrileña.

Recepción ofrecida por el Lord Mayor a la delegación madrileña en Guildhall.

La Duquesa de Pastrana y el Alcalde de Madrid conversan con el Lord Mayor de Londres.

Visita al mercado de frutas de Spitalfields.





Vista del nuevo tramo de los bulevares.

El Alcalde, Conde de Maya'de, el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdivia, y el Concejal Delegado de los Servicios Técnicos, señor Moreno Ruiz, caminan por la nueva vía inaugurada seguidos por los Concejales del Ayuntamiento y el pueblo madrileño.



INAUGURACION DE LOS BULEVARES

ESTE número de VILLA DE MADRID esperaba, como todos los madrileños, la inauguración del primer tramo de los bulevares, convenientemente reformados, que comprende desde el Paseo de Rosales hasta la Glorieta de San Bernardo. Obra importante, de gran trascendencia para la circulación y el urbanismo madrileños, estaba llena de dificultades imprevistas, que fueron vencidas con eficacia y tesón. Por fin, el 16 de mayo, fiestas de San Isidro, el Alcalde y el Ayuntamiento, con el Concejal Delegado de los Servicios Técnicos y artífice de esta obra, don Miguel Moreno Ruiz, a la cabeza, pudieron ofrecer al pueblo de Madrid una muestra más de su trabajo. Las fotografías, recién llegadas a la imprenta, recogen diversos momentos del acto.



Don Pedro Górgolas ha fallecido

EL Oficial Mayor del Ayuntamiento y querido compañero nuestro, don Pedro Górgolas y Urdampilleta, ha fallecido después de una penosa enfermedad, sobrellevada con cristiana resignación y humana entereza. Don Pedro Górgolas se encontraba vinculado al Ayuntamiento y al pueblo de Madrid por algo más que por un puro ejercicio profesional. Su simpatía y su gran corazón le hacían entregarse a su trabajo como si se tratase de algo consustancial con su propia existencia. Hombre brillante, abierto y cordial, poseía un enorme sentido de la responsabilidad, y era recto, honesto e inteligente. Estas cualidades iban acompañadas de una singular modestia, que hacía de don Pedro Górgolas uno de los ejemplares humanos más completos. Su vacío quedará mucho tiempo en el Ayuntamiento de Madrid y en el recuerdo de los que le conocimos.



